



UNA HISTORIA DE CÁDIZ

Mónica López

Una Historia de Cádiz

Mónica López

Copyright © 2019 Mónica López

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781703938357

Una Historia de Cádiz

*A mis padres, mi hermana, Rumba y Barbate
Os adoro.*

Enero

Nunca has sentido que no perteneces al lugar en el que has nacido? Ese mismo lugar lleno de edificios grandes, calles largas, coches y gente. Ese lugar que tiene museos, parques gigantes y en el que, sin embargo, no encuentras tu sitio. Yo había perdido toda ilusión, todos los sueños que yo había tenido, los había perdido en ese lugar. Había una sola cosa que yo quería hacer, escribir, e incluso eso me lo había robado esa ciudad.

Estaba frustrada por no poder encontrar aquello que quería hacer, y pensaba que estaba logrando perderme a mí misma mientras me tumbaba en ese jardín lleno de tulipanes amarillos, bajo el cielo azul, cielo nublado o cielo estrellado. Aunque, también pensaba que podría quedarme a vivir allí para siempre, sabía que no podía quedarme toda la vida viviendo en una burbuja, tenía que atreverme, salir y buscarme.

Pasaba mucho tiempo leyendo libros de autorrealización y seguridad en uno mismo que tenía mi madre por la casa. No encontré nada al principio, pero después empecé a leer cosas sobre que tenía que salir de mi zona de confort y buscar nuevos objetivos. Sí, una absoluta tontería.

«¿Qué es lo que me gusta?», me pregunté una noche. Me gustaba escribir, aquello era mi pasión; me gustaba caminar sin rumbo, fijándome en cada pequeño detalle, sabiendo que luego podría describirlo con mil palabras; me gustaba tumbarme con la cabeza apoyada en las piernas de mi madre y que ella acariciara mi pelo con calma. Me gustaba la sensación que proporcionaba mi hogar, la comodidad, el cariño y la confianza. Quería seguir sintiendo eso y no sentir que estaba perdiéndolo por completo cada día que pasaba.

Los dedos de mi madre, cada año más arrugados, se movieron desde mi oreja hasta el final del pelo. Podía sentir el avance mechón a mechón hasta llegar a las puntas haciéndome cerrar los ojos. La televisión sonaba de fondo con aquella serie antigua que tanto le gustaba, y su risa hacía sacudir su cuerpo transmitiendo el movimiento. Esa mujer me hacía tan feliz de una forma que no podría explicar nunca.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó bajando la voz del televisor. Me acomodé boca arriba y miré su cara desde mi posición.

Recordaba la primera vez que la vi. Tenía seis años y la mujer de los servicios sociales me dijo que había una persona que quería conocerme. Parecía que estaba conociendo a una princesa Disney, a la mismísima Pocahontas. Su pelo era largo por la cintura y liso, adornado con una cinta de un color amarillo fuerte, era joven y alta. Iba ataviada con una falda azul clara que le cubría las piernas hasta los tobillos y una camiseta blanca con una rosa azul en medio. Sus ojos verdes me atravesaron con fuerza y sentí como mi corazón se había apretado con emoción, como si tuviera el presentimiento de que aquello iba a salir bien.

Ahora, su cara estaba surcada por arrugas que parecían dunas sobre su piel morena, su pelo continuaba siendo negro como la noche, y sus ojos seguían teniendo ese brillo de felicidad.

—No me pasa nada —mentí.

Asintió y sonrió mostrando sus perlas blancas. En algún punto de mi vida, cuando me había dado por la pintura e incluso compré lienzos blancos y tubos llenos de colores, había querido pintarla llevando sus faldas blancas largas estilo hippie y sus pendientes de bolitas que le había hecho cuando era pequeña, los mismos que llevaba cada día.

—Últimamente estás muy callada y tú nunca estás callada.

—Puedes estar tranquila. El trabajo se está volviendo más complicado y estoy cansada, solo eso. —No quería decirle que no quería vivir más allí y que sintiera que aquello era por ella. Definitivamente ese no era el problema—. Guille quiere meter otra sección y le he explicado que es una tienda de antigüedades, no un centro comercial.

Se mantuvo en silencio durante unos momentos. Segundos eternos en los que sentí la necesidad de sentarme y mirar la televisión para huir de sus ojos acusadores. Ella podía llamar a Guillermo y comprobar que, efectivamente, me había inventado toda esa historia.

—Marta, te conozco desde que tenías la cabeza del tamaño de un garbanzo—dijo. Continué sin mirarla porque no me atrevía a hacerlo y derrumbarme—. ¿No vas a decírmelo?

—Estoy cansada.

—Y...

Bufé igual que cuando tenía nueve años y tenía que reconocer que había hecho algo mal. Ella siempre ponía ese tono que obligaba a continuar las frases, ese tono de regaño encubierto. Sin embargo, su expresión se mantenía suave y tranquila, rebotante de amor, una expresión que engañaba.

—No puedes obligarme siempre a contarte mis cosas, ¿sabes? —Reproché echándole un vistazo.

—No le hables así a una mujer mayor. —Rodé los ojos.

Doña María, como hacía que la llamaran en todos los sitios, se caracterizaba por aborrecer que le llamaran “*señora mayor*”, porque según ella, era la representación de la juventud.

—Es algo mío, personal, no tengo que contártelo.

—¿Es por eso de la búsqueda de la felicidad?

—¿Cómo sabes eso? —pregunté frunciendo el ceño. Puso una sonrisa sabionda y se cruzó de brazos. Entonces, caí en la cuenta—. Has visto los libros.

—He visto los libros.

Ni recordaba ya la de veces que había visto la película de ‘*En Busca de la Felicidad*’ de Will Smith, eso de que era una historia real me hacía tener esperanzas en que mi vida podía cambiar, porque podía hacerlo, ¿no? Eso, junto a los múltiples libros que empezaban a ocupar mis estanterías, era todo lo que ocupaba mi tiempo ahora. Todos ellos tenían frases subrayadas, cientos de post-its de colores. Había una frase que me gustaba especialmente, decía que, «*el secreto del cambio es enfocar toda tu energía, no en la lucha contra lo viejo, sino en la construcción de lo nuevo*». Eso es lo que tenía que tratar de hacer.

—Estoy frustrada con todo. Siento que tengo que crear algo que me haga feliz y que me haga sentir a gusto conmigo misma y con el entorno y no lo encuentro. —expresé alzando los brazos. Desde pequeña, había sido un tanto exagerada en algunas ocasiones, si alguna cosa se torcía, solía tirarlo todo abajo y me convertía en un ser dramático y negativo—. ¡Ni siquiera escribo!

—Quieres irte de aquí —fruncí el ceño de nuevo y negué con la cabeza mintiendo de nuevo—.

No era una pregunta, niña, era una afirmación. Cuando yo pintaba, necesitaba tener un lugar nuevo cada vez en el que poder inspirarme y crear nuevas cosas. Por desgracia, no siempre tuve la oportunidad, aunque peleé por ello.

—No quiero dejarte sola —me lamenté sintiendo unas repentinas ganas de llorar.

Alzó las cejas y miró a todos lados antes de devolverme la mirada.

—¿Me ves sola? Soy una mujer independiente y además, si necesitara la compañía de alguien, Paco ha vuelto a invitarme a cenar. Ese hombre va a terminar con la poca cordura que me queda —Sonreí viendo cómo trataba de que me sintiera menos culpable, aunque podía ver un rastro de pena en su cara. Tomó mis mejillas entre sus manos y me taladró con aquellos ojos grandes—. Escúchame, tienes que vivir. Mi padre no me dejó cuando yo era joven y lo último que me dijo fue que se alegraba de que hubiera sido tan rebelde y que hubiera hecho lo que quería siempre. Marta, esta vida es un impulso, una vez que naces y saltas, ya solo tienes que disfrutar el camino hasta el agua.

—No es tan fácil.

—No es difícil —rebatí. Se puso de pie y caminó hasta su bolso colgado en la puerta, sacó el mapa y el cuaderno que había estado guardando en el cajón de mi mesilla. Incliné la cabeza mirándola con un rastro de molestia—. Me topé con esto en tu habitación.

—Te topaste, claro —puse los ojos en blanco y lo cogí cuando me lo ofreció.

—¿Qué es?

—Una tontería.

Ni siquiera sabía por qué había empezado a obsesionarme con aquel lugar. Un lugar más cerca que el Caribe y más lejos que la provincia de al lado. Ese lugar tenía todo lo que había buscado al parecer. Tenía amaneceres templados y atardeceres calientes. Agua que se movía al ritmo que marcaran los vientos y unas murallas que escondían miedos. Había empezado a entender, sin conocerla, por qué le llamaban ‘La Cuna de la Libertad’. Pensé que, tal vez, aquel era mi lugar porque me estaba identificando con él.

Pasé horas leyendo historias y escuchando carnavales, siguiendo el ritmo en el mostrador del trabajo con los dedos, marcando la guitarra, la caja y el bombo. Había sido como descubrir un mundo nuevo, un mundo que parecía hecho a mi medida. Me había aprendido el mapa descargado de internet de memoria, sabía dónde estaba cada calle, cada rincón,... y todo me parecía una locura.

—¿Quieres irte a Cádiz? —Preguntó. Levanté la mirada del cuaderno y la observé. Diciéndolo en alto me daba cuenta de que aquello realmente era una locura. Asentí corto y casi invisible—. Me alegro de que por lo menos no sea demasiado lejos de mí. Nunca he estado, ¿es un buen sitio?

—No he estado tampoco —dije a sabiendas de que ella era consciente de eso. Su sonrisa apareció, simpática y suave—. Todo lo que he leído de la ciudad me gusta, encaja con lo que quiero.

—Estoy de acuerdo en que te vendría bien cambiar de aires, pero, ¿no crees que primero deberías conocer el sitio en persona para saber si quieres vivir allí?

Ella tenía razón. Estaba dentro de esa filosofía del “*atrévete a vivir*”, pero había que tener ciertas cosas en cuenta antes de realizar algún movimiento. No obstante, no había forma de que yo conociera la ciudad en persona, solo podía hacerlo por Google Maps.

Peinó su pelo con una de sus manos y me entregó un sobre blanco. Fruncí el ceño y la miré extrañada. Hizo un gesto con su cabeza instándome a que lo abriera. Dentro había un billete de avión a Cádiz para dentro de un mes. Alcé la vista con los ojos como platos y vi su sonrisa

sabionda y sus cejas alzadas.

—Pero...

—Quiero ayudarte a que busques tu sitio en este mundo, Marta. Eres mi hija, la persona a la que más quiero en esta vida. Si tú no eres feliz, yo no lo seré.

Me lancé a sus brazos y le abracé con fuerza con las lágrimas en los ojos. No podía creer que eso estuviera pasando de verdad.

—¿Tú no vienes conmigo? —Pregunté separándome de ella.

—Esto es algo que tienes que hacer por ti misma. Solo prométeme que no lo dejarás a medias, que no te rendirás y que esto te servirá para volver a ilusionarte por tu sueño, por escribir.

—Lo intentaré —dije sin poder parar de sonreír. Dejó un beso en mi frente y se levantó dejándome allí sola.

Miré el billete de nuevo y sentí un apretón en el estómago. Eran nervios, era emoción, era algo parecido a la felicidad. Por fin, podría pisar la ciudad que me traía de cabeza, podría escuchar su música, y podría tratar de encontrarme a mí misma. Allí, en Cádiz.

Febrero

Tararé la letra del pasodoble que estaban cantando dos chicas mientras leía algunas de las notas que había estado recogiendo esos dos días. Daba gracias constantemente a mi madre porque se hubiera enterado de las fechas en las que se celebraba carnaval en Cádiz antes de coger el billete de avión. Todo había pasado muy rápido, y estaba decidida a tomármelo con más calma los pocos días que me quedaban allí.

Bebí un trago del vaso de naranja y miré alrededor de la plaza repleta de gente con una pequeña sonrisa. El sueño estaba haciéndose realidad. Comprobé la hora. A pesar de ser solo las nueve de la noche, la gente ya estaba bastante trastocada por el alcohol mientras vociferaban y cantaban a gritos. Yo, por mi parte, me mantuve sentada cerca de las puertas del Gran Teatro Falla, sintiendo la madera en mi espalda y la inmensidad sobre mi cabeza.

Fue cuando observaba la plaza que me topé con él. Fue distinto desde el principio, su sonrisa llegó incluso antes de que se hubiera acercado, desde lejos con su grupo de amigos. Casi podía notar como las ráfagas de levante le empujaban a venir hacia mí trayendo consigo el aroma que contaminaba el aire. Los sonidos se esfumaron y juraba poder oír sus pasos.

Señaló la guitarra que sostenía en una de sus manos ganándose una mirada confusa. Ni siquiera podría entender nada de lo que decía aunque lo intentara, esos ojos grises golpeaban con fuerza en mi cabeza.

—Soy César.

Su voz irrumpió con fuerza llenando la plaza. Los ladrillos del Falla temblaron o tal vez la que tembló fui yo. Su sonrisa apareció de nuevo y mi parpadeo furioso buscó con ansiedad despertar los ojos secos.

¿Por qué no sabía hablar? ¿Por qué mis cuerdas vocales parecían haber desaparecido por completo?

Miré alrededor buscando alguna vía de escape, porque ahora mismo solo sentía que quería huir de allí y esconderme debajo de las sábanas de la cama del hostel. Sin embargo, solo encontré a la única persona que llevaba cinco minutos frente a mí, esa misma persona que movía uno de los pies al son de otra melodía lejana.

El chasquido se hizo en mi cabeza cuando César, como se llamaba él, se sentó a mi lado y colocó el instrumento sobre sus piernas hasta que volvió a mirarme.

—¿Te apetece cantar algo? Siempre es mejor hacerlo si hay música —su voz llegó más clara, pero yo seguía sin poder responder nada.

Las cuerdas de la guitarra chirriaron unas cuantas veces hasta que consiguió dar con el ritmo de un pasodoble que le hizo sonreír. De repente, me entraron ganas de saber qué estaba recordando con aquella letra. Cerró los ojos y se dejó llevar mientras la música salía descuidada y suave.

No podía dejar de mirarle mientras el tiempo nos rodeaba, mientras el frío nos calaba los

huesos y la gente hablaba alto y bebía más ruidoso. Llamaba mi atención cómo todos ellos cruzaban miradas cómplices. Todo se había transformado en un universo diferente lleno de risas, bailes y coreados, de disfraces, purpurina y serpentinas. Veía a la gente en el suelo esperando a que la mañana apareciera para regresar a una vida llana y privada de libertad. Libres en un sueño de jóvenes frustrados, libres de emociones y presos en instantes que tenían final.

—¿Por qué estás aquí sola? —Preguntó sin dejar de jugar con la melodía. Le miré y sonreí con alivio, sintiendo que los pulmones volvían a llenarse de aire.

—No estoy sola —dije con diversión.

César entrecerró los ojos y me miró con una media sonrisa.

—Sabes a lo que me refiero.

—Sí, y a eso respondo. Ahora ya no estoy sola. —Eché un mechón castaño tras mi oreja mientras veía su incomodidad—. Soy Marta.

De pronto, dejó de tocar y se puso de pie y fruncí el ceño siguiendo sus movimientos. No quería que se fuera, no cuando había sido lo mejor que me había pasado en la noche. Me sorprendió cuando me observó desde arriba y apoyó el peso en uno de sus pies.

—¿Quieres dar una vuelta? Todavía hay agrupaciones cantando por las calles —ofreció.

Miré el cuaderno abierto sobre mis piernas cruzadas y rápidamente lo recogí. Quité el boli de detrás de mi oreja y lo metí en mi bolsillo. Sin pensarlo, agarré la mano que César había estirado para mí y me di cuenta de que él estaba disfrazado. Iba vestido de espantapájaros, de uno diferente no era aterrador, parecía sacado de un cuento y no llevaba sombrero dejando que las hebras negras cayeran sobre su frente y se movieran con el aire.

Yo no me había vuelto a disfrazar desde la primera noche que llegué. No veía el sentido a estar disfrazada mientras vagaba sola por las calles. A pesar de que eso pareciese lo más normal del mundo.

—Vamos —acepté sin saber muy bien por qué lo estaba haciendo. Nunca había sido el tipo de persona que se va con desconocidos, pero algo en su cara me decía que él no era malo, que podía estar tranquila.

Se alejó por un momento acercándose a su grupo y después de unos segundos hablando con un chico rubio, le entregó la guitarra y volvió en una carrera corta hasta llegar a mi lado.

El silencio mientras caminábamos era cómodo. Las pisadas en el suelo lleno de papelillos era lo único que rompía una escena llena de calma, aunque yo me moría por decir algo. Si nos hubiéramos esforzado, podríamos haber oído con claridad el mar chocando con suavidad contra los rompeolas, si me hubiera esforzado... solo un poco, hubiera podido oír mis propios latidos como si fueran truenos. Una marea de sensaciones que gritaban en el silencio.

—No eres de aquí, ¿no? —preguntó César con las manos aun metidas en sus bolsillos. Negué con la cabeza y aclaré la garganta antes de contestar, pero me vi abordada por otra pregunta—. ¿Qué te ha traído aquí?

Aquella pregunta era como una trampa mortal escondida en una interrogación inocente. La razón por la que estaba allí era algo que ni yo misma podría explicarme aunque lo intentara. Me limité a contestar lo único que tenía claro.

—Es complicado de explicar.

—Tenemos toda la noche —sonrió mirándome de reojo. Segundos después, suspiró al ver que no soltaría prenda tan fácil—. Para alguien de fuera, saber dónde cantan las mejores agrupaciones, es complicado.

—¿Por qué? —Inquirí alzando una ceja—. Me sé cada calle de memoria, he estado embobada

viendo el mapa tantas veces que podría indicarte yo misma.

—¿Eso crees? —retó sin perder la sonrisa. Y de repente, ya no me sentía tan segura de mi afirmación. Yo no podría saber más que alguien que era de allí.

—Pero esta noche, dejaré que me guíes —corregí.

Asintió sin decir nada.

Callejamos por calles que se alumbraban tenuemente por las farolas que colgaban de las paredes. Calles que estaban silenciosas, hasta que desde otra brotaban las voces y las risas, el sonido de un bombo, el rasgueo de una guitarra. Nos acercamos donde se amontonaban unas pocas personas y encontramos a un grupo de seis personas que iban vestidos de caramelos. Me quedé cerca de César y observé la pequeña chirigota, que nada tenía que ver con las que salían en el Falla, todo era más modesto, más de calle. Tenían un encanto singular, algo diferente. El burbujeo de pequeñas risas se extendía en todo el público.

Ni siquiera fui consciente de que habían terminado cuando me encontré a todos ellos aplaudiendo y despidiéndose con reverencias graciosas y dando mil agradecimientos. Miré a César y sonreí al verle aplaudir y reír. Era un completo desconocido. No sabía nada más de él, nada más que su nombre. Respiré hondo cuando sus ojos se fijaron en mí e hizo un gesto para que comenzáramos a andar de nuevo.

—¿Estás en una agrupación? —pregunté pasados unos minutos. Frunció el ceño y asintió.

—Sí, es una callejera. No llevamos mucho juntos y no somos gran cosa, pero pasamos un buen rato que al final es lo que de verdad importa —relató. Alzó las cejas y sacó una de sus manos para señalarme mientras caminaba de lado para poder mirarme por completo—. Ey, tal vez puedas vernos en algún momento esta semana, si todavía estás por aquí.

—Claro, no estaría mal.

—Antes dijiste que era difícil explicar por qué estás aquí —divagó. Asentí lentamente apartando la mirada de él. Iba a volver a insistir en ello—. Pensaba que iba a ser como todos porque es carnaval, pero hay más, ¿no? —Mi silencio le hizo chascar la lengua y afirmar con la cabeza varias veces—. No es asunto mío, perdona, a veces me entrometo demasiado.

—No te preocupes.

—Cádiz es ese lugar al que escapabas cuando todo te sobrepasa —apuntó con una sonrisa justo cuando salimos al paseo marítimo y la brisa marina golpeó en nuestros rostros. Fue una frase medida, una frase que llenó mis pulmones—. Muchas veces vengo aquí a respirar. ¿Quieres que nos sentemos?

—¿En el borde?

Soltó una carcajada corta y empezó a andar sin mí, cruzando la carretera sin mirar. Tuve que dar una carrera para poder alcanzarlo, no sin antes comprobar que no viniera ningún coche. Pasó una pierna y después la otra y se sentó en el borde mirando al mar. Me observó sobre su hombro. Tragué saliva, aquello era una locura.

«¿Y si quiere matarte?», sacudí la cabeza despejando la voz que me la estaba taladrando.

—Creo que eso no es muy seguro —dije y rodó los ojos en respuesta.

—No te va a pasar nada, te lo prometo.

Me acerqué despacio y acepté su mano cuando me la ofreció para ayudarme a sentarme sobre la piedra. El aire suave movía mi pelo y dejaba un sabor salado en mis labios. El mar estaba en calma y las olas chocaban contra el rompeolas en un baile tranquilo. La noche era cerrada con algunas salpicaduras de estrellas ocupando el oscuro cielo. Sonreí y cuando miré a César le vi devolviéndome la mirada.

—¿Por qué de espantapájaros?

—Vamos disfrazados de El Mago de Oz y me ha tocado —se encogió de hombros.

No sabía por qué se había acercado a mí esa noche, pero parecía cosa del destino. Contemplé su perfil, esa línea de su mandíbula que se marcaba. El pelo rizado enredándose en el inicio de sus orejas. Su nariz fina encajaba perfectamente en esa cara que sin ser perfecta, estaba muy cerca de serlo.

—Me gustaría saber quién es Dorothy.

—Solo diré que canta muy bien y que ahora es rubio —sonreí y alejé mi mirada de él. Toda esa calma era lo que necesitaba, cero preocupaciones. Estuvimos unos minutos callados hasta que volvió a hablar—. ¿Tú cuál serías?

—¿Mm? —pregunté sin entender.

—De El Mago de Oz.

—Oh —toqué mi barbilla pensativa—. Creo que el León. Pienso que... que debería atreverme más a hacer cosas, tener coraje.

—Te has atrevido a venir hasta aquí, has venido conmigo incluso aunque no me conoces de nada —sacudió la cabeza y frunció sus labios—. No creo que seas cobarde.

—¿Por qué te has acercado a mí esta noche? —pregunté pasados unos minutos.

Respiró hondo y apartó sus ojos de mi cara, pero yo quería que respondiera y no perderme nada que dijera la expresión que acompañaría a las palabras.

—Desde siempre he tenido debilidad por esas personas que me parecen interesantes.

Su móvil sonó y lo sacó de su bolsillo antes de disculparse y cogerlo. Yo me quedé pensando en lo que había dicho. ¿Yo le parecía interesante? Me había considerado siempre una persona que podía ser cualquier cosa menos interesante. No tenía esa aura de misterio, no tenía ningún talento especial, no guardaba secretos inconfesables. Creo que había sido simple desde pequeña.

Fruncí el ceño ante ese pensamiento. «*Simple*», esa palabra no me gustaba. Implicaba que era algo sin importancia. Me puse de pie sobre el muro de piedra y caminé sobre él lejos de César, mirando mis pasos para no caerme hasta que estuve segura de que podía mirar al frente sin problemas. Oí su voz pidiendo a la persona al otro lado del teléfono que esperara y me giré sobre mí misma para mirarle. La sonrisa seguía dibujada en sus labios. Se despidió y colgó rápido antes de imitarme y ponerse de pie sobre el muro. Ambos caminamos hasta alcanzar al otro a mitad de camino.

—Interesante, ¿por qué?

—Porque te daba miedo sentarte aquí y ahora estás de pie. Cobarde, ¿por qué?

—Porque antes nunca hubiera hecho esto.

—Es un paso —apreció con una sonrisa. Sus ojos grises brillaban con la luz artificial y me fijé en esa cicatriz en su ceja. Le miré porque no podía hacer otra cosa que no fuera esa, incluso sabiendo que podía ser que no volviera a verle, no quería que se fuera, no quería que se esfumara esa sensación de tranquilidad—. Realmente me gustaría volver a verte después de esta noche.

No podía prometerle que eso fuera a pasar, así que respondí lo que no daba esperanzas pero tampoco las ahogaba.

—Puede.

Mostró sus dientes de nuevo y asintió cerrando por un segundo los ojos.

—Eso me vale.

Marzo

Lo que más me había costado hacer había sido despedirme de mi madre. Ninguna de las dos lloró, era algo que estaba prohibido para nosotras. Una despedida no es una despedida si no hay lágrimas, y nosotras teníamos claro que volveríamos a vernos pronto, aunque viviéramos a kilómetros la una de la otra.

Llevaba dos semanas en Cádiz, pero comenzaba a sentirse como si llevara allí una eternidad. Había conseguido un trabajo en una librería que me dejaría ganar lo suficiente para el alquiler y comer, justo lo que necesitaba. No podría darme demasiados caprichos, pero la mujer de la librería me había dicho que podría leer los libros que tenía gratis. Eso quitaba el 90% de mis caprichos de la lista.

No había vuelto a saber nada de César. No le vi la semana que estuve allí, era más fácil para ambos si era así. Aunque, ahora que había vuelto, esperaba encontrarle en cada esquina.

Costurero de la Reina de Antílopez sonaba a través de los cascos mientras estaba sentada en el paseo marítimo con las piernas sueltas al lado del mar, justo en el mismo sitio donde habíamos pasado la noche. Di un trago de la botella de coca-cola que había comprado en la barraca y pasé una mano por mi pelo en busca de mis gafas de sol.

La primavera había llegado y con ella el buen tiempo. Esa mañana la plenitud propia de la alegría se había extendido por mi cuerpo, y la llevaba impregnada en la piel y en la ropa, en el vestido corto azul lleno de lunares blancos y en la margarita que había decidido colgar en cada uno de los moños que me había hecho.

Estaba dispuesta a vivir el momento y a disfrutar de cada instante que me regalara aquel lugar. Quería saber si no me había equivocado al elegir Cádiz como destino. Otra elección que había hecho fue dar un tiempo a escribir. Me di cuenta de que tal vez no era el momento de hacerlo. Disfrutaría del tiempo libre, de hacer cosas, cumplir experiencias, encontrarme. «*No hay prisa*», pensé y sonreí ante ese nuevo pensamiento.

Esa tarde cuando llegué de trabajar, cogí la caja de lo alto del armario, esa misma que me había dado mi madre antes de que me marchara. Todavía recordaba sus palabras, su voz contenida cuando me dijo: “*Ábrelo solo si vas a ser valiente*”. El hablar de valentía también me hacía acordarme de César, también me hacía recordar cómo había conseguido ponerme de pie y caminar en aquel muro de piedra que aparentaba ser una fina línea entre la vida o la muerte. Esa noche sería valiente de nuevo. Iba a salir sola y sin conocer a nadie. Era la primera vez que lo haría desde que llegué y el revoltijo de nervios en la boca del estómago parecía ser una buena señal.

Respiré hondo y abrí la tapa de la caja. Lo primero que vi fue un papel doblado sobre prendas de ropa perfectamente dobladas. Lo tomé y reconocí la letra inconfundible de mi madre.

“Llevé esto cuando conocí a tu padre. Fue una de las noches más bonitas de mi vida. Ahora te lo doy a ti, con una sola condición, sólo puedes usarla si estás dispuesta a vivir intensamente.”

Encuéstrate y vive. Te adoro”

Adorar. Ese verbo que ella misma me había dicho que era grande, más que el amar, más que el querer. Esa palabra que sólo se dice a las personas que se quiere de una forma distinta, incondicional; a aquellas personas que son más que el resto, que son capaces de convertir las horas en días, los días en meses, los meses en años y los años en una vida. Yo era su adoración y ella era la mía.

Saqué la camiseta amarilla y leí la frase que estaba escrita en mayúsculas rosas, “tengo un chicle en mi tacón”. Sonreí ante lo absurdo que era y la dejé a un lado para sacar la larga falda blanca llena de flores rosas pastel. Aquello era la mejor representación del estilo hippie de mi madre, el que había heredado. Me vestí deprisa y me colgué alrededor del cuello el collar con dos pompones pequeños al frente que también estaba en la caja, ese que había llevado cuando vino a recogerme al centro de acogida. Agarré dos mechones de pelo y los uní detrás de mi cabeza con dos horquillas. Me miré en el espejo y sonreí. Estaba lista para disfrutar de esa noche, de ser valiente.

Pronto llegué a la playa y vi a los grupos de jóvenes en pequeños corros comiendo y bebiendo. Algunos llevaban guitarras y otros se dedicaban a hablar en murmullos. Me agradó esa imagen, el hecho de que todos fueran capaces de divertirse sin que nada pudiera arrebatárselo. Es algo que no había podido ver en carnavales. No había entendido que allí las cosas eran distintas, que aunque vivieran momentos difíciles, sabían sobreponerse y mirar el lado positivo.

Me descalcé antes de pisar la arena y me estremecí al sentir los granos fríos rozando la planta de los pies y metiéndose entre los dedos. Mentiría si dijera que la arena me había gustado alguna vez, sin embargo, en aquel instante sí que me gustó la sensación. Caminé esquivando los cuerpos divertidos y encontré un hueco al resguardo de la brisa bajo el balneario que presidía la playa. Me senté y llevé las rodillas a mi pecho abrazándolas con nerviosismo. No sé por qué razón había pensado que sería fácil, que llegaría y me pondría a hablar con la gente sin más. Esa no era yo, por mucho que intentara ser valiente.

Fijé la vista en un grupo de unas seis personas que estaban casi en la orilla. Comían pizza y hacían mucho ruido, más que el resto. Una media sonrisa se coló en mi cara cuando mis ojos se fueron a una chica que estaba subida en la espalda de otra y que le plantaba besos en la mejilla; también al chico que estaba sentado solo en la arena bebiendo de una lata mientras miraba al cielo. Otro tocaba la guitarra mientras dos chicas cantaban una canción que se había hecho popular en la radio. Me hubiera gustado estar allí con ellos, inundando mi interior de voces nuevas, de personalidades arrebatadoras, de diferencias y también de similitudes.

Volví a mirar al chico que estaba solo cuando se movió para hablar con una chica. Entrecerré los ojos intentando afilar la mirada y tratar de saber si le había visto antes, aunque desde esa distancia era complicado. Pero, entonces, sonrió y supe que era él. Podía levantarme y saludarle sin más, no obstante, no lo hice. Me quedé en mi sitio esperando que él nunca se diera cuenta de mi presencia, mientras no dejaba de observarle. Miré con atención cada movimiento que hizo, como cuando le ofrecieron la guitarra y la tomó poniéndose a tocarla igual que lo hizo esa noche cerrando los ojos. La chica que estaba sentada a su lado puso una mano sobre su rodilla y ambos sonrieron. Esa imagen me hizo tragar saliva y mirar hacia otro lado como si estuviera presenciando algo que no debía.

Me tumbé hacia atrás y cerré los ojos intentando encontrar algún sonido que llamara mi atención y quedarme allí. Estaba claro que no estaba mereciendo vestir esa ropa.

No sabía cuánto tiempo había estado echada pero mi cuerpo se había entumecido por el frío. Me incorporé estirando mi espalda y me encontré con una figura oscura que se acercaba justo frente a mí. Parpadeé varias veces tratando de coordinar mi mirada. Vi los pantalones negros ajustados y una camisa azul celeste con rayas blancas y los primeros botones desabrochados dejando ver parte de su pecho. El vello ocupaba sus mejillas y su barbilla y el pelo estaba desordenado como si hubiera pasado muchas veces la mano por él. Luego vi sus ojos grises llenos de preocupación y los nervios se esfumaron de pronto.

—¿Estás bien? —preguntó. Sonreí porque había pensado que César me reconocería sin problema. Asentí sin decir nada y luego me aclaré la garganta para responder.

—Sí, sí.

—Si estás sola, puedes venirte en vez de estar aquí.

Evité que mi sonrisa se volviera más grande. Seguía siendo igual, lo que me decía que su forma de ser no fue una casualidad. No obstante, algo sí que había cambiado porque... yo lo estaba haciendo.

—Sí, no estaría mal, no conozco a mucha gente aquí.

—Pues ya está todo dicho, vamos.

Me puse de pie y anduve tras él hasta salir de debajo del balneario. Una vez fuera, él se dio la vuelta y extendió la mano sonriendo.

—Soy César, por cierto.

Estreché su mano sin poder evitar sonreír más grande.

—Lo sé —frunció el ceño antes de entrecerrar los ojos y tuve que aclararlo— Soy Marta, nos conocimos en febrero.

—Eh... —sus cejas se alzaron con sorpresa y mostró los dientes cuando soltó una carcajada. Aquel sonido se metió en mi interior rebotando en mi pecho como un salvapantallas—. La chica del Falla. Dios, eres tú. Pensaba que no volvería a verte.

—Yo también.

—Perdona por no haberte reconocido, es que... estás cambiada y hay poca luz, no te veía bien, joe —bajó la vista hasta mi camiseta y una media sonrisa apareció en sus labios—. ¿Tienes un chicle en tu tacón?

Me encogí de hombros. César hizo un gesto con la cabeza y caminamos hasta el grupo de amigos. Las miradas se posaron en nosotros en cuanto irrumpimos. Me presenté y todos me saludaron simpáticos, incluso alguien en algún punto me pasó una lata de cerveza. No había bebido demasiado nunca, pero aun así abrí la lata y le di un trago mientras me sentaba al lado del chico que no paraba de mirarme de reojo.

—¿Cómo me has visto? —inquirí minutos después cuando los demás se fundieron en un debate sobre política. César pareció dudar un poco pero luego se decidió a mirarme.

—Había ido al baño y pasé por ahí —se encogió de hombros—. No sabía si estabas bien.

Di un trago largo de la lata y miré al grupo sintiendo todavía su mirada.

—Perdona por no haberte buscado en carnaval, era un poco difícil y yo... —divagué sin mirarle.

—No tienes que preocuparte —hizo una pausa y se aclaró la garganta llamando mi atención. Su ceño estaba fruncido y su boca estaba seria. Desde esa distancia podía ver con total claridad el color de sus ojos, ese cielo nublado que tenía encerrado allí—. Tal vez podríamos quedar alguna vez sin que tengamos que buscarnos.

Levantó la lata y bebió de ella sin apartar la mirada de mí. Asentí casi sin querer y sonreí.

—Claro.

—Bien —musitó despacio. Y aquello sí que había sido una promesa.

Abril

César salió de trabajar a las ocho de la tarde y para entonces, yo ya estaba afuera esperándolo. Estaba impaciente y deseando saber qué escondía ese chico. La curiosidad estaba atrapándome, por eso cuando le vi salir del bar aun vestido con el uniforme, casi doy un salto de emoción. Tampoco estaba mal conocer a alguien para variar. Estaba bastante sola, y César parecía representar ese tipo de compañía entretenida e interesante que todo el mundo busca tener.

—No he podido cambiarme —dijo después de saludar. Ambos comenzamos a andar en dirección a la Plaza de las Flores con paso lento. Apenas podía mantenerle la mirada y la dejaba caer constantemente al suelo mientras que él no parecía tener miedo a mirarme—. Si no te importa, pasaré por casa, no quiero ir oliendo a cocina por ahí. No tardaré más de media hora.

—Claro, no hay problema —alcé la vista hacia él y tomé aire de manera precipitada casi ahogada—. Te esperaré en la Catedral.

—Me parece perfecto —respondió con una sonrisa antes de darse la vuelta y caminar a paso rápido por la calle que habíamos dejado atrás.

Anduve por la plaza llena de puestos de flores que llenaban el lugar de olores variados y frescos. Era como estar en medio del campo, los colores eran fuertes y la luz, a pesar de comenzar a desaparecer, daba un toque especial, casi íntimo, a todo dejando que los últimos rayos que lograban entrar, iluminaran la escultura que coronaba la fuente en mitad de la plaza. Caminé lento disfrutando de ese pequeño placer que acababa de descubrir, saboreando las voces en las conversaciones carentes de sentido para mí, empapándome del tiempo.

Cuando llegué a la plaza de la Catedral, la observé por un instante eterno. Apenas podía ver la cúpula dorada que la ponía fin en su punto alto, pero sí que vislumbraba el brillo que le dejaba el sol en su paso. Las torres se alzaban majestuosas a cada lado del cuerpo central. No supe cuánto tiempo estuve allí mirando aquel monumento. Una figura se puso a mi lado y sin mirarle sabía que era César. Llevé mis ojos a él disimuladamente y le vi cruzado de brazos con la vista puesta donde yo la había tenido segundos antes. Olía a menta. Llevaba el pelo mojado y algunos rizos comenzaban a aparecer allí donde el pelo era más abundante. Una sudadera gris tapaba su torso y un vaquero oscuro sus piernas.

—Supongo que nunca has entrado —afirmó sin mirarme. Fruncí el ceño y le miré de lleno. ¿Estaba refiriéndose a la Catedral? Negué con la cabeza.

—Nunca antes había venido a Cádiz hasta febrero.

—Elegiste el mejor momento para descubrir la ciudad —apreció devolviendo la sonrisa a su cara. Me gustaba esa curva. No era pretenciosa, no era arrogante, no era cínica, era una sonrisa sin más. Podría quedarme viendo ese dibujo en sus labios, ese hoyuelo que se dibujaba en una de sus mejillas, el achinado de sus ojos—. ¿Te gustaría entrar?

—Creo que está cerrado —dije mirando a la puerta cerrada del edificio—. He visto a un

señor salir antes y ha cerrado.

—Bueno, por suerte para los dos, conozco a alguien que podría dejarnos entrar, si quieres.

—¿De verdad?

—Claro —se encogió de hombros antes de sacar el móvil del bolsillo y marcar el número de alguien. Se alejó un poco de mí y estuvo hablando durante unos minutos. Después, volvió y me hizo un gesto con su cabeza—. Vamos, ahora nos abren.

Subimos la interminable rampa hasta la torre del reloj en silencio. Me agarraba de la gruesa cuerda blanca que servía como barandilla. En algún punto, incluso toqué la piedra del estrecho pasillo, alucinando con aquel sitio. César iba unos pasos detrás callado y miraba a través de los ventanucos que había a lo largo de la torre. Quería poder escuchar su voz de nuevo, y así, como si hubiera leído mi mente, habló.

—¿Por qué Cádiz? —Fruncí el ceño sin mirarle y frené un poco el paso—. ¿Por qué no otra ciudad? Es la segunda vez que vienes y ya te has quedado a vivir.

—Tenía una idea en la cabeza —intenté explicar—Estuve leyendo mucho sobre la ciudad antes de venir, por eso la elegí.

—Te has arriesgado sin más —dijo sorprendido haciéndome sonreír—. Y luego decías que eras cobarde.

Sí, me había arriesgado son más. Sí, mi madre había ayudado bastante apoyándome. Pero, la última decisión fue mía, el último paso fue mío, el salto del trampolín lo hice yo.

—Lo hice.

Me fijé en la placa que decía que habíamos alcanzado los cuarenta metros que medía la torre. Subí los últimos escalones, y me encontré rodeada de campanas enormes. Sonreí fascinada e incluso los ojos se antojaron llorosos al contemplar aquello. Nunca había visto algo así. Estuve tentada a tocar una de ellas pero me detuve al ver el cartel que indicaba que no podía hacerlo.

—¿Qué te parece? —inquirió a mis espaldas.

—Es increíble —admiré limpiando una lágrima que sí había logrado escapar. César se acercó hasta colocarse frente a mí y pasó un pulgar por mi mejilla con una pequeña sonrisa.

—Todavía no has visto lo mejor —cogió mi mano y me llevó hasta el lugar desde el que se veía la cúpula dorada. Cada escultura, pequeña o grande, parecía impresionante desde esa vista. Me sentía privilegiada de estar allí al atardecer. Podía ver todo Cádiz desde allí, la plaza, las personas pareciendo hormigas, las azoteas y el mar—. ¿Qué te parece?

—Estoy sin palabras, pero siento que podría escribir un libro solo describiendo cómo me siento ahora mismo.

César rio en alto y su carcajada retumbó en el espacio haciendo que sonara una melodía inédita solo para mí. Me quedé mirándole con una media sonrisa y después caminé alrededor del lugar hasta toparme con la vista del atardecer. Era el primero que veía desde que llegué y no podía imaginarme una mejor forma de verlo. El naranja se mezclaba en las finas nubes que se mantenían bajas en el horizonte. Unos rayos de luz salían entre ellas dando un efecto casi celestial. La silueta del faro se dibujaba en el fondo y el mar adquiría un tono morado. Era una mezcla de colores que me produjo cierta inquietud y no entendía por qué. Tragué saliva y di un paso atrás.

—¿Ya no participas más en el carnaval? —Pregunté centrando la mirada en él. Quitó sus ojos del horizonte y los fijó en mí.

—Este año ya no. Tengo que trabajar y no nos salen muchas actuaciones durante el año —Le miré sin entender. Apretó los labios y elevó sus hombros ensombreciendo su expresión—. No somos tan buenos como otras agrupaciones.

—No te he escuchado, no puedo saberlo. —Sonrió alzando una de sus finas cejas y anduvo hasta apoyar su espalda en la pared.

—¿Estás intentando enredarme para que te cante?

—Si digo que sí, ¿lo harás? Hay buena acústica aquí.

Nuestros ojos se encontraron por unos segundos. La pureza de sus ojos era todo lo que necesitaba mirar, era todo lo que necesitaba ver de él en ese instante. Aquel intercambio provocó un apretón en mi estómago.

—Bien, cantaré —aclaró su garganta y levantó el dedo índice mirándome—. Aviso de que llevo dos meses sin cantar en serio.

—Está bien, vamos, no me hagas esperar más.

*La sonrisa es un te quiero
Que da calambre en el alma
Y por poquito que valga
Ya vale más que el dinero
La sonrisa es la campana
Que anuncia pura la vida
Un amor a la medida
Y en los labios se derrama
Tu sonrisa no se va
Tu sonrisa no se va
Ni con las cuatro estaciones
Porque estalla al escuchar
Porque estalla al escuchar
De mi comparsa estas canciones
En el mundo donde
Tu sonrisa aguante
Todo sobra
Nada es importante
Y si la tengo delante
Ya no quiero otro dios
Que se apiade de mí
Ni otro verso más grande
Que hable de ti
Con tu sonrisa ya tengo bastante*

Le observé seria, consternada, pero decidí que escribiría esa letra en mi cuaderno porque aquella le describía. Describía al chico que tenía delante, ese mismo que me miraba con una sonrisa tímida y que comenzaba a burbujear en mi interior. Carraspeó y aquello hizo que reaccionara y parpadeara quitando la mirada de él. Había parecido estúpida seguramente, una de tantas veces.

—¿De quién es?

—¿No lo has escuchado? Es del año pasado, Los Mafiosos.

—Estoy empezando por lo antiguo —rasqué mi nuca sin quitarme la sensación de que estaba haciendo el ridículo.

—Juan Carlos Aragón, el mejor autor de carnaval que existe. El Capitán Veneno, el más canalla y el más real.

Sonreí al sentir la admiración brotando del tono de su voz.

Había escuchado las chirigotas de Aragón. Eran irónicas pero duras y críticas. Tenían magia. Ese sonido que embaucaba y esas letras que alcanzaban cualquier esquina y escondrijo de la mente.

César de repente pareció nervioso ante mi silencio y le hizo verse inocente y vulnerable.

—Y a ti, ¿qué te gusta hacer?

Respiré hondo, ahora me tocaba a mí abrirme un poco. «*Sé valiente*», me dije.

—Escribir, aunque últimamente me cuesta hacerlo —expresé apoyándome a su lado en la pared. Me miró con duda—No encuentro ideas, lo he dejado por un tiempo.

—¿Sobre qué te gusta escribir?

No había ningún rastro de juicio en su tono algo que hizo que mi cuerpo se destensara. Deslicé la espalda por la pared hasta sentarme en el suelo. César se sentó a mi lado sin mirarme.

—Siempre he escrito historias de amor, pero... quiero hacer algo distinto. Me gustaría escribir una historia romántica que no sea típica, que se distinta y eso es complicado.

—¿Por qué no te dejas llevar y escribes lo que salga?

—Eso no sirve —suspiré pasando mi mano por el espacio que había entre nosotros. Cerré los ojos cuando el silencio nos llenó—. Cantas muy bien. Tienes más calidad que lo que escuchamos en febrero.

Rio echando su cabeza hacia atrás.

—Te aseguro que hay otros que cantan mucho mejor que yo.

—Siempre hay alguien mejor —le miré y encogió sus hombros—. Pero, la confianza en uno mismo es lo más importante. Tú eres el mejor para ti mismo, repítelo.

César sonrió y negó con la cabeza antes de impulsarse y levantarse de nuevo. Dio una palmada entretanto tomaba aire.

—Quiero enseñarte algo, tal vez te ayude.

Caminamos a través del Arco de la Rosa mientras él hablaba bajo y me contaba anécdotas o cosas curiosas sobre algunas calles por las que pasamos hasta llegar al destino. Me gustaba cómo hablaba, su forma de explicar las cosas, los gestos que hacía con las manos. Le miraba con fascinación y una sonrisa fija que no podía borrar porque aquel chico con la capucha ahora puesta, con ojos soñadores y el tono suave de su voz, no merecía menos.

Paramos frente a una reja y César señaló a lo alto de mi cabeza. Me giré moviéndome para ver la placa que sobresalía de la pared en la que ponía “Callejón del Duende”. Mirando a través de las rejas podía entender lo del callejón y el duende. Este último representado en una pequeña figura.

—Tienes que guiñarle un ojo para que te dé suerte —avisó César a mi lado. El olor a menta llegó a mí en toda su plenitud cuando se acercó. Le miré y asintió animándome, no estaba de broma—. Es la tradición.

Miré a la pequeña figura y con un poco de vergüenza le guiñé un ojo.

—¿Tengo que pedir un deseo o algo así?

—Eso ya no forma parte de la tradición, pero si quieres hacerlo, adelante —rio y puso una de sus manos en la reja—. No es lo único que esconde este callejón. Verás, en la Guerra de la Independencia, un capitán del ejército francés se enamoró de una gaditana y bueno, aquí es donde se encontraban.

Aparté la mirada del callejón y le observé mientras él miraba a las paredes estrechas. Estábamos cerca, lo suficiente para poder escuchar sus susurros, lo suficiente para que su aroma me inundara. Sus ojos estaban perdidos y una expresión triste se instaló en su cara.

—¿Qué pasó? —pregunté con impaciencia.

—Ella estaba prometida —continuó en un susurro—. Pero, ella amaba al capitán. Cada noche desahogaban sus deseos aquí hasta que... unos vecinos les pillaron y les condenaron a muerte.

Parpadeé varias veces sintiendo un picor fuerte en los ojos y los quité de él. Aquello era triste, demasiado.

—Algunos dicen que todavía pueden verse sus sombras por la noche porque siguen reuniéndose.

—¿Tú lo crees?

Frunció el ceño.

—No —confesó. Le miré y mi cuerpo se quedó frío ante su expresión neutra, borrando todo aquello que podría haber sentido antes—. No es la mejor historia del mundo, pero hasta las historias más trágicas tienen su parte bonita. Ellos se amaron a pesar de que estaba prohibido, a pesar de saber que si les pillaban morirían. Lo arriesgaron todo porque se querían.

—Se adoraban —corregí casi para mí misma recordando a mi madre. Ese era el tipo de amor al que se refería ella. El irracional.

—Puede que esto te inspire para escribir algo —continuó.

—Gracias por traerme.

Asintió y me dio media sonrisa antes de tragar saliva y dar un paso atrás rascando su nuca. Respiré hondo y bajé la mirada.

—Te acompañaré a casa.

Esa noche me di cuenta de que él era distinto, de que tenía esa sensibilidad única y que se avergonzaba de que alguien pudiera ver esa rendija que me llevaba a su corazón.

Mayo

La marea bajaba casi imperceptible para el ojo humano. El sonido de las olas convirtiéndose en espuma dejaba su sombra en la orilla brillando con los últimos rayos de sol. Las huellas de pisadas quedaban marcadas en la húmeda arena y él estaba a mi lado.

Me sorprendió cuando apareció en mi portal y me dijo que nos íbamos a la playa. Aproveché ese momento para llevarme el cuaderno en el que comenzaban a abundar las ideas para un libro que tenía en mente. Había traído hamburguesas con patatas, una ensalada y vino blanco. Yo había tenido la iluminación celestial de haber traído una manta fina sobre la que sentarnos.

El cielo estaba lleno de una mezcla marrón y amarilla que nos iluminaba la piel, su piel. Era silencioso, pero cuando decidía abrirse y contarme cosas sobre su vida, era el mejor momento del día. Llevaba esos pantaloncillos de fútbol del Cádiz, una camiseta de tirantes bajo una sudadera con la cremallera abierta y sus inseparables deportivas. Era sencillo, sin aparentar, sin tratar de gustar, era real.

Garabateé en la libreta sobre una escena que encerraba una princesa en un castillo que no quería saber demasiado del príncipe. No le había dejado leer nada de lo que escribía. Noté la mirada fija en mi perfil y cuando le miré, vi que estaba con los ojos entrecerrados pensativo. Tenía un poco de ketchup en el labio y sonreí porque no quería reírme.

—Tienes manchada la boca —le indiqué señalándome la zona. Cogió una servilleta y se limpió—. ¿Tienes algo que preguntar?

—¿Eh?

—Llevas cinco minutos mirándome, supongo que es porque quieres decir algo —dije con una media sonrisa.

Se acomodó con una sonrisa pícara y alzó una ceja.

—¿Es que no puedo simplemente quedarme mirándote? A lo mejor me gusta hacer eso y ya está —traté de disimular que aquello me había sorprendido imitando su gesto. Se inclinó para tomar su copa de vino y le dio un trago, dándome tiempo para recomponerme. Yo le había mirado muchas veces simplemente porque me gustaba hacerlo, entonces, había una mínima posibilidad de que tal vez él hiciera lo mismo—. En realidad, sí que quería preguntarte algo...

—Di.

—¿Qué escribes? Te veo últimamente metida en el cuaderno y no me haces caso, no es que me sienta celoso ni nada de eso, pero tampoco me dejas leerlo —una sonrisa comenzó a crecer en mis labios a pesar de que quería retenerla y me tumbé a su lado con el cuaderno entre nosotros—. En fin, lo que quiero decir es que a lo mejor puedo darte alguna idea, no sé.

Le miré de reojo desde mi posición y solté un suspiro antes de pasarle el cuaderno y dejarle ver los dibujos previos a la escritura. Me encantaba dibujar las escenas, a pesar de que no era Tamara de Lempicka, me ayudaban a concentrarme y hacerme una idea.

Lo tomó entre sus manos y mientras los miraba con aparente atención, cogí el tenedor y comí

un poco de la ensalada y di un par de tragos al vino. El sabor suave y dulce se quedó jugueteando en mi paladar y cerré los ojos unos segundos tratando de memorizar aquella sensación que producía en mi lengua. Observé a César allí tumbado con los ojos en las hojas llenas de dibujos de una princesa que quería ser valiente e indomable, que quería hacer las cosas por sí misma, una princesa que no fuera convencional. Pero, también, una princesa que fuera capaz de dar la vida por aquel príncipe al que amaba.

—¿Qué te parece? —pregunté después de unos largos minutos. Levantó la cabeza y parpadeó varias veces. Cerró el cuaderno y lo dejó sobre la manta de colores. Se incorporó y se quedó cerca, esa distancia en la que si sientes ciertas cosas, la respiración tiende a trabarse y el corazón a acelerarse.

—Me ha recordado a un pasodoble.

—A ti siempre te recuerda todo al carnaval, ¿verdad? —Se encogió de hombros y subió las mangas de la chaquetilla—. ¿Piensas cantármelo?

—¿Quieres?

Asentí como si fuese algo obvio. Pensaba que lo cantarí de todas formas y a mí me gustaba escuchar su voz, esa caricia que lograba darme sin tocarme. No traía su guitarra, pero no pareció hacerle falta para poder atreverse a cantar. Aclaró la garganta y respiró hondo varias veces antes de soltar una risilla nerviosa que no le pegaba.

—Me he puesto un poco nervioso, ¿te lo puedes creer?

—Ya has cantado antes para mí, tranquilo —intenté animarle con una sonrisa suave.

Cogió entonces una cajilla de patatas cerrada y marcó el ritmo cerrando los ojos con suavidad. Un extraño escalofrío se coló bajo mi camiseta y me recorrió desde la nuca sintiendo el vello de mis brazos ponerse de punta. Todo le acompañaba, el viento, el sonido de las olas, su cuerpo que se movía al son y mis dedos sobre la manta que trataban de seguir el ritmo sin que yo lo ordenara. Pero nada podía compararse con el brote de su voz baja cuando cantaba los versos de otro poeta.

*Amada mía, vos nunca me esperasteis
pidiendo amparo, abandonada y sola en una almena,
a que yo robara un beso
al trepar por tu melena.
amada mía vos nunca me esperasteis
vos sois mujer y tan mujer que no se esconde
y que no necesita esperar a ningún hombre.
Sois la dama que ocupa mi pecho,
sois el sueño de mis madrugadas,
Afrodita de mi lecho,
la reflexión de mi almohada.
Nunca fuisteis de mí ni de nadie,
solo tuya mi fiel compañera,
pero daríais la vida
por mí si yo lo pidiera.
La belleza de las pieles curtidas,
la sabiduría de las heridas
gracias por ser y existir,
por latir, por vivir,*

*por ser la madre
de los milagros de amor
que a mí esta vida me dio
y es lo más grande,
y es lo más grande.
La que jala de mí cuando caigo
y me impide tirar la toalla
la que me agarra del corazón
y levanta su voz junto a mí en la batalla.
Yo me rindo ante tus pies amada mía
y es tu amor lo que persigo,
permíteme vivir cada día de esta vida junto a ti
y envejecer contigo.*

Abrió sus ojos en el último instante y me observó mientras la media sonrisa volvía a surgir en mi cara. Aclaró nuevamente su garganta y miró a otro lado como si se sintiera más avergonzado que antes. Tomé el cuaderno y lo metí en la mochila que había traído antes de tumbarme boca arriba sobre la manta y mirar al cielo que empezaba a estar oscuro. Ocupó el sitio a mi lado y colocó sus manos sobre su estómago.

—Deberías meter ese pasodoble en alguna parte de tu libro —sugirió mirando aun el cielo. Permanecí en silencio, aquello lo había pensado ya—. ¿Por qué quieres escribir esa historia?

—¿Cuál?

—La de mi vida seguro que no es —giré la cabeza para mirarle y le golpeé el brazo. Hizo un gesto gracioso con la cara y se llevó la mano a la zona—. La de la princesa y el príncipe.

No sabía por qué razón había querido empezar a escribir esa idea. Llevaba planeándola desde que me llevó al callejón, tal vez porque intentaba darle un final feliz a la historia de la gaditana y el francés. Tenía la necesidad de hacerlo porque sentía que ellos lo merecían y que yo me merecía escribirles.

—¿Te digo lo que yo pienso? ¿Lo que me parece?

Asentí y César se apoyó sobre su codo para mirarme.

—Creo que cuentas otra historia, pero tratas de representarte, algo que quieres ser o que eres, no lo tengo claro. ¿Puede ser?

—¿Por qué piensas eso?

—Dices que no eres valiente, cosa que ya sabemos que no es así porque has hecho cosas que no son de cobardes, y has hecho un personaje que es valiente —suspiró y tomó un hilo de mi camiseta que andaba suelto para liarlo en su dedo—. Es independiente y tú muestras mucho esa parte de tu personalidad, el poder hacer las cosas por ti misma. Sin embargo, también tienes ese rasgo que dice que darías la vida por aquellos que te importan —tragué saliva y le esquivé—. Sin embargo, ¿por qué tengo la sensación de que algo de eso falla?

—¿El qué?

—¿Por qué quieres empeñarte en no querer? La princesa del libro se empeña en no querer al príncipe cuando es obvio que está enamorada de él.

—Es menos difícil salir herido si no quieres.

—¿Eso piensas?

Le miré y pasé la mano por su pelo retirándolo de su cara en un gesto suave. Cerró los ojos

por el tacto y me gustó que él se sintiera bien con ello. Seguramente él no estaba de acuerdo con lo que yo pensaba, pero, para mí aquello era lo real, el único pensamiento que conocía. Ya había sufrido antes, lo hizo la pareja de su mito, entonces, ¿cómo era posible que pensara otra cosa que no fuera esa?

Tomó mi mano por la muñeca y la alejó de él no sin antes dejar un beso en mis nudillos.

—¿Alguna idea para el príncipe ahora que pareces inspirado? —inquirí. Su sonrisa desaparecida volvió y tuve que tragar saliva para no hacerlo con él. Curvó sus labios hacia abajo y negó con la cabeza.

—Nada más que decir, señorita, eso lo dejo a tu completa imaginación.

Echó su espalda de nuevo a mi lado con los brazos tras su cabeza y cerró los ojos. A veces envidiaba esa facilidad con la que pasaba de hablar de algo serio a tumbarse y ser tranquilo y divertido.

—Eres un idiota —dije quitando la mirada de él mientras sonreía.

—Espero no ser el príncipe... o sí, pero solo si no me matas y solo me quieres.

Junio

Había hablado tanto de la calle en la que vivía que ya casi podía decir que había estado allí sin haberlo hecho. Una calle llena de macetas, paredes blancas, una pequeña y silenciosa plazuela, una carpintería y un almacén cerrado, balcones vacíos y flores, flores por cada rincón.

Era la noche de San Juan y los fuegos artificiales habían alumbrado la noche desde el faro del Castillo de San Sebastián. La playa de La Caleta había estado a rebosar y me había gustado poder disfrutar de aquello a solas mientras que César estaba con sus amigos. El espacio que nos dábamos a veces era una de las cosas que más me gustaban, el poder hacer cosas solos y por nuestra cuenta. Sin embargo, había corrido todo el camino desde mi casa cuando me di cuenta de que quería estar con él y verle y contarle cómo me había sentido al ver todas esas luces iluminar el cielo y el agua, el ver las barcas flotando en la orilla y que todo eso dibujara uno de los mejores paisajes.

Busqué su nombre en el buzón y lo encontré junto a otro, solo dos, como si fuera una historia que todavía no había llegado a contar. Me quedé mirando la pareja de nombres que compartían apellidos hasta que un escalofrío producido por el sudor me estremeció y me hizo vibrar. Subí el grupo de escaleras sin percatarme de que había un ascensor hasta que llegué al segundo piso. La emoción apenas me dejaba siquiera respirar tranquila. Toqué el timbre varias veces como si el dedo se hubiera quedado allí pegado y el corazón latió con tanta fuerza que sentí que saltaría fuera de mí en cualquier momento.

César no se hizo esperar y no supe realmente dónde meterme cuando abrió la puerta y le vi. Frotó sus ojos con el ceño fruncido y su expresión se suavizó cuando vio que era yo. Pasé las manos por mi pelo para colocarlo lo mejor que supe y pude y traté de reubicarme en mi ser. Miré su cuerpo y me pregunté qué hora era exactamente, había perdido por completo la noción del tiempo. Vestía una camiseta de tirantes blanca y unas bermudas naranjas. El pelo tapaba sus ojos e hizo lo posible por mantenerlo fuera de allí.

—¿Qué haces aquí? Son las dos —preguntó echando un vistazo sobre su hombro. Mi cuerpo se vino abajo y caí en que lo que había hecho era una estupidez. Traté de forzar una sonrisa y di un par de pasos atrás—. Marta —llamó cuando no respondí. Ese tono era el mismo que mi madre usaba, el de la regañina—. ¿Pasa algo?

—Yo... es una tontería pero quería contarte lo de los fuegos artificiales —puse una mano sobre mi frente y sonreí como si estuviera loca—. Qué locura, eh, podría habértelo contado mañana.

César se hizo a un lado y torció la cabeza para que pasara dentro. No obstante, yo necesitaba más que un doblamiento de cuello para atreverme a pasar.

—¿Te hago tostadas y un colacao y me cuentas? —sonreí y asentí pasando dentro.

Su casa estaba a oscuras salvo por la luz de su cuarto al final del pequeño pasillo. No quería

preguntar demasiado, porque no quería ser entrometida, pero ese espacio parecía bastante silencioso y solitario. Me hizo una seña para que caminara hasta su habitación y anduve más decidida por la anticipación. Tenía muchas ganas de ver qué guardaba allí.

Un cartel de carnaval de 2002 estaba pegado solitario en una de las dos paredes libres de la pequeña habitación de César. Eso es lo que había estado mirando fijamente durante diez minutos mientras esperaba sentada en el borde de la cama de abajo de una litera. Todo me daba vueltas con la reciente vuelta a la calma que mi cuerpo estaba experimentando.

Parpadeé rápido cuando César llegó con el colacao y las dos tostadas untadas perfectamente de mantequilla y me los dio. Le vi tomar asiento en una silla que tenía junto al escritorio y apoyar la barbilla en su mano. Parecía vulnerable, pero con ese aspecto todavía de chico calmado y con todos sus asuntos en orden. Quise preguntar por los nombre en el buzón, pero no me atreví, así que lo retuve.

Dejé el vaso en el suelo al lado de mis piernas y cogí una de las rebanadas de pan antes de darle un bocado.

—¿Quieres? —preguté con la boca llena. Negó con la cabeza y sacudió su mano con desdén.

—Tranquila.

—¿No has ido a ver los fuegos artificiales?

—No —respondió. Bajó la cabeza y miró a otro lado—. He tenido otras cosas que hacer, pero tú cuéntame.

—Mejor luego, primero como.

Me observó mientras comía despacio alternando la tostada con el cacao. Ese había sido el desayuno cena que siempre tomaba cuando estaba más nerviosa de lo normal y, ciertamente, no me había sorprendido que él se acordara. Su cuarto comenzaba a parecer más pequeño y eso me hacía sentir que podía estar más cerca de él, tal y como quería. Parecía ido y descolocado, y deduje que tenía que ver con esas «otras cosas» que había tenido que hacer. De alguna forma, aquello me preocupaba.

Cuando terminé, dejé todo sobre el escritorio y César se levantó frente a mí abrumándome con su altura.

—Quédate a dormir —pidió, luego tragó saliva y rápidamente cambió su tono a uno más amigable—. Puedes dormir arriba, las sábanas están limpias.

—¿Quién duerme ahí?

Negó con la cabeza y me miró suplicante.

—Nadie, no se usa desde hace mucho.

Asentí y subí las escaleras hasta la cama de arriba. Agradecía que no fuera demasiado alta porque era un poco claustrofóbica. Me tumbé boca arriba y la luz se apagó. Él no quería hablar, eso estaba claro, así como que tampoco quería estar solo. Noté cómo se acomodaba en la cama de abajo sin decir ninguna palabra.

Allí tumbada sabiendo que alguien más dormía conmigo, pensé en mi casa, en el que había sido mi hogar antes de que mi madre me adoptara. Dormíamos así, en literas y en grandes grupos. No fue una etapa agradable, pero tampoco fue una mala, me enseñó muchas cosas, como que por muy mal que parezca que van las cosas, al final siempre hay algo que logra iluminar esa terrible oscuridad. Mi madre fue esa iluminación y había sido una incesante. Sonreí a oscuras y me limpié la lágrima que se había atrevido a correr deseosa de libertad.

No podía dormir. Llevaba más de media hora con los ojos como platos y supe que lo que tenía que hacer era cambiar de lugar, es decir, de cama. Bajé lentamente la escalera y cuando estuve en

el suelo vi a César dormir plácidamente con la sábana apenas tapando su cuerpo. Le miré por unos segundos antes de inclinarme y tocar su hombro. Abrió un ojo y frunció el ceño antes de apoyarse sobre sus codos.

—¿Qué pasa? —susurró.

—No puedo dormir —dije antes de corregirme—. No quiero dormir ahí arriba.

—Entonces, ¿dónde?

Tragué saliva y aparté la mirada incorporándome de nuevo. No podía creerme que él me fuera a hacer pedírselo, le presumía más inteligente. Iba a hablar justo cuando se echó a un lado y abrió la sábana dejándome un lugar.

—Tumbate aquí, tal vez así puedes dormir mejor.

Moví mi cuerpo de tal manera que no rozara el suyo y coloqué mi pelo sobre la almohada estratégicamente mientras su olor llegaba a mí. Estábamos uno frente al otro y de alguna manera, eso resultó incómodo, porque sentía que estaba apretándole demasiado las tuercas y que a lo mejor estaba aprovechándome de su bondad. Su cara estaba seria mientras me miraba, su brazo descansaba fuera de la sábana mientras que el otro se doblaba bajo la almohada.

—Hola —saludé de la manera más tonta posible.

—Hola, tú —respondió—. ¿Vas a contarme cómo han ido los fuegos?

—Sí —respiré hondo y sonreí apenas porque quería que él lo hiciera también—. Nunca había visto fuegos artificiales de cerca, el sonido es abrumador pero hacerlo de esta forma hace que el cuerpo quiera como explotar, volverse loco, una bola de luz, y hacerlo, además, en la playa es como demasiado perfecto para ser real. La gente parecía tan normal, no reaccionaban a lo que estaban viendo, a esa cosa tan imponente. Luego me di cuenta de algo cuando todo terminó.

—¿De qué?

—De que me hubiera gustado que estuvieras allí y haber podido apretar tu mano cuando llegaron.

Y ahí estaba, esa sonrisa de nuevo solo que esa no llegó a sus ojos.

—¿Qué pasa?

—No ha sido un buen día, solo eso.

Se movió y colocó su espalda sobre el colchón. Hojeé su perfil, el rastro de barba que comenzaba a hormiguar sobre su mandíbula, la perfecta línea que dibujaba su nariz, las pestañas descansando sobre sus mejillas, su cabello hacia atrás colocado de cualquier forma. Quería tocarle. Ese pensamiento no había desaparecido de mi mente en los últimos meses.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Vives solo con tu padre? —Asintió tras unos segundos con un gesto corto—. ¿Y tu madre?

—No lo sé.

Sabía perfectamente la cara que tenían las personas que habían perdido a algún familiar y él tenía esa cara. Ese sufrimiento que aunque no quieras que se vea, termina sintiéndose y apareciendo sin control. El silencioso dolor que florecía cuando menos lo esperabas.

—César —llamé.

Giró su cara y vi los ojos ligeramente cristalizados y no pude hacer otra cosa que inclinarme sobre él y darle un beso en sus suaves labios. Apenas una caricia, un gesto para que viera que yo estaba allí para ayudarlo. Su mano se colocó en mi espalda para que no me alejara y solo pude suspirar cuando terminó por abrazarme. Puse mi cara sobre su pecho, en la zona de su corazón furioso y cerré los ojos.

—Yo no voy a dejarte —prometí—. Nunca.

No sabía si podría aliviar ese dolor o si él lo aceptaría, pero no perdía nada por intentarlo, por intentar salvar ese corazón dolorido y valiente.

Julio

Me agaché y cogí la flor rota del suelo de tierra del Parque Genovés. Caminaba acompañada de mi cámara de fotos enganchada al cuello. Me la llevé a la nariz e inspiré profundamente. No tenía ni idea de flores pero aquella parecía especial, me recordaba al chico de ojos grises quien últimamente había demostrado que tenía algo escondido que le estaba haciendo las cosas complicadas. Llevaba varias semanas escribiendo textos sobre él, salían de madrugada y tenía que levantarme de la cama para poder escupir todas las palabras en las hojas blancas que estaban desperdigadas por todo mi piso.

Giré la cabeza y observé la gruta y la corriente de agua continua cayendo por ella. Los rayos del sol incidían en la cascada y el efecto era magnífico, incluso se podían ver algunos colores propios del arcoíris. Alcé la cámara y enfoqué antes de echar la foto. En la imagen no se apreciaba de la misma manera, los colores no eran iguales.

Anduve hasta introducirme en la gruta y me senté dentro con el agua sonando tras de mí. Respiré hondo y pensé en todas las cosas que habían pasado en el último mes. No habíamos hablado de nuestro beso, de hecho, su personalidad había cambiado y ahora se mostraba un poco más distante, menos coqueto y menos cariñoso. Había decidido darle tiempo. Tal vez, el ser tan impulsiva no había sido una buena idea, tal vez solo tendría que haberle escuchado y haberle dejado solucionarlo por su cuenta, pero no quería verle mal, quería encontrar las palabras justas que le sacaran de ese momento que hacía que sus labios se fruncieran.

Miré la galería de fotos. Esas semanas las fotos habían sido muchas, había inmortalizado el sol cubriendo los cúmulos de nubes, el agua y el brillo en sus ondas, gente sobre la arena. Todo lleno de vida hasta que llegaba a la foto en la que César aparecía sentado en el paseo marítimo mirando al horizonte, con sus hombros hundidos y su espalda arqueada. Casi se podía sentir la brisa fresca del atardecer en su pelo. Ese día me acerqué y me crucé de piernas a su lado y simplemente dibujé en mi cuaderno, sin decir nada, solo le acompañé hasta que me dijo que me acompañaría a casa.

Comprobé la hora y salí de la gruta. Debía estar al llegar. Habíamos quedado para comer en la Alameda, porque, según él, ese lugar era mágico y solitario. Justo lo que ambos necesitábamos en ese momento. Guardé la cámara en la bolsa que llevaba colgada en el hombro y caminé hasta la entrada del parque recorriendo los laberintos de árboles retorcidos y las flores de colores llamativos.

César ya estaba allí cuando llegué y volví a sentir los nervios que seguían apareciendo cada vez que le veía. Cargaba una bolsa de plástico con comida que había preparado en el bar donde trabajaba, algo que deduje por el logo del bar dibujado en ella. Sonrió suavemente en el momento en el que me localizó y se acercó.

—¿Cómo estás hoy? —pregunté mientras hacíamos el camino hasta la Alameda. Se encogió de hombros y dejó que el aire saliera de él despacio.

—Es una mezcla de bien y mal, más bien que mal supongo.

—¿Qué llevas en la bolsa?

—Comida —sonrió—. He pensado que comernos una hamburguesa no es muy de Cádiz, así que, quería traerte algo con sabor a mar y así empiezas a saborear de verdad tu vida aquí. Una ciudad enamora por el paladar y Cádiz de eso tiene mucho.

Una sonrisa escapó de mis labios. «Saborear mi vida en Cádiz», pensé. Ya no era un secreto que mi sitio estaba allí. Había encontrado un hogar en los brazos de una segunda madre, me dejaba llevar por las paredes de piedra ostionera, el silencio de las noches y la inesperada sonrisa de las nubes. Me gustaba saber que no me había equivocado, que allí había podido aprender a conocerme y a disfrutar y que no quería encerrarme en mi casa y no salir. Me sentía libre.

Nos sentamos en un banco custodiado por dos farolas negras que a esa hora del día no estaban encendidas. El suelo de baldosas negras y blancas en pequeños cuadrados se extendía bajo nuestros pies como una alfombra. Los jardines frente a nosotros lucían verdes y prolijos. El gran ficus estiraba sus grandes ramas con ansias de poder tocarnos el cabello. El mar en calma dejaba chocar sus aguas en un baile en el que participaba sólo él.

—Es un sitio precioso —admiré sin sentarme todavía observando todo a mí alrededor.

Cuando mis ojos cayeron en él me encontré con los suyos. Aclaró la garganta y bajó la mirada mientras yo me sentaba a su lado. Abrió la bolsa y sacó dos tarteras. Quitó la tapa y encontré el espacio lleno de fideos con un caldo anaranjado y caballa. Me lo acerqué a la nariz y respiré hondo captando todos los olores maravillosos que salían de ahí

—No quiero parecer entrometida, pero quiero entenderte y... he intentado no preguntar pero...

—Quiero contártelo —dijo. Alcé las cejas y tragué saliva asintiendo. Se limpió la boca con una servilleta. Le observé atenta deseando que empezara a hablar cuanto antes—. Mi padre está teniendo algunos problemas. Hacía mucho que no tenía recaídas, pero de un tiempo a esta parte, está deprimido y encima le han echado del trabajo y todo parece estar complicándose por momentos.

—¿Tiene que ver con tu madre?

Sus cejas se hundieron en un punto entre ellas y su mirada estaba lejos, en el suelo. Podía sentir el dolor de su expresión, cómo sus labios se apretaban. Puse una mano sobre su hombro y me acerqué más a él después de dejar la tartera a un lado.

—Ella se marchó cuando se separaron y realmente no quiso saber mucho más de mí. Yo era pequeño y no era muy consciente de lo que pasaba, sin embargo, con los años, uno sí se da cuenta de lo que pasa cuando todos los niños tienen una madre menos tú —tomó aire y me miró directamente. El gris reflejaba esa vez de la mejor manera posible cómo se sentía por dentro. Podía ver a la perfección esa tristeza que se extendía por él y quise abrazarle—Mi padre siempre ha estado allí llenando el vacío, pero a veces, ni él mismo puede llenar el suyo.

Una pareja de personas mayores pasó delante de nosotros y nuestras miradas se clavaron en ellos. Llevaban sus manos unidas y hablaban sobre unas palomas que trataban de volar frente a ellos. El sombrero del hombre iba sobre el cabello blanco de ella y le instaba para que se lo quedase y no le diera el sol de pleno en la cabeza.

Volví mi atención a César y apreté su mano entre la mía llamando su atención.

—Soy adoptada —anuncié. Sus cejas se alzaron y sus labios se entreabrieron unos segundos hasta que cerró la boca y esperó paciente a que hablara de nuevo—. Supongo que he pasado la mayor parte del tiempo buscando el amor de alguien, de unos padres que logran hacerme sentir feliz y orgullosa y no rara frente a otros niños. Con seis años, mi madre vino a buscarme, no mi

madre biológica claro, sino mi madre adoptiva. Fue extraño al principio, mezclarme con los compañeros del colegio e incluso hacer el maldito árbol genealógico. No deberían hacer eso en los colegios, no sé qué se les pasa por la cabeza —divagué mirando a la nada—. Recuerdo una vez que era el día del padre y... fui a casa y le dije a mi madre que yo no podía hacer ese regalo porque yo no tenía padre, algo que era verdad. Ella me preguntó que quién me había cuidado siempre y claro, la respuesta era clara...

—Ella.

Le miré con una sonrisa y afirmé con un gesto corto.

—Ella era mi madre y mi padre. Entonces, hice un regalo especial ese día —sacudí la mano entre nosotros y suspiré emocionada—. Lo que quiero decirte es que, tu madre se fue, pero tu padre se quedó y él lo da todo por ti, valora eso y haz que lo sepa.

—¿Nunca has querido buscar a tus verdaderos padres? Porque yo sí.

Tomamos una cucharada de los fideos a la vez y me quedé pensando en eso. Sí, alguna vez incluso lo había intentado, pero después de un tiempo me di cuenta de que yo tenía la familia que quería y que necesitaba.

—Pregunté a mi padre por ella y no dio demasiada información. Busqué por internet, pero tampoco tuve demasiado éxito.

—¿De verdad quieres encontrarla o es solo para saber por qué te dejó? —pregunté.

—Creo que necesito resolver las dudas que implantó en mí, el no saber si me dejó porque no soy suficiente para ella, porque no me quiere. Me gustaría preguntarle, ¿por qué? ¿Por qué no me quiere? —Se removió y pasó una mano por su pelo—. Hay días en los que me siento perdido.

—Me gustaría poder ayudarte.

—Ya lo estás haciendo —dijo una media sonrisa—. Siento si estoy siendo demasiado pesimista estas semanas.

Negué con la cabeza y le empujé con mi hombro.

—Por lo menos me alimentas bien, así que, te lo permito —aprecié para animarle.

Eran las cinco de la tarde cuando nos decidimos a recoger y movernos. El tiempo había pasado rápido entre conversaciones que hilaban unas con otras, en intentos de risas escondidas, en silencio rodeando nuestros cuerpos. Su cuerpo se relajó y poco a poco su sonrisa fue apareciendo también.

Caminamos despacio el camino de vuelta recorriendo los pasillos de la Alameda. Estábamos cerca, sentía los tejidos que cubrían mi brazo rozar con su brazo desnudo y entonces me atreví a darle la mano. Fue un intento tonto de estirar los dedos lo suficiente para rozar su mano, lo suficiente para que nuestros meñiques se acariciaran y se unieran. La apretó sin mirarme y apreté los labios mirando a otro lado para ocultar mi sonrisa. Mi interior se cubrió con un escalofrío que, gracias al destino, no llegó al exterior, y de una extraña electricidad que me hizo sentir cálida. Me sorprendió cuando se detuvo y estuve un poco tirante hasta frenar el paso. Le miré por un segundo con nuestras manos nuevamente separadas y sonreí ante esa imagen.

—Espera un momento —dije alzando el dedo índice mientras con mi otra mano abría la bolsa para sacar la cámara. Le quité la tapa del objetivo y la enfoqué hacia él—. Deja la bolsa a un lado, no quiero que salga en la foto.

Obedeció con una expresión confusa y después se colocó en el medio del arco de flores fucsias que le rodeaban. Se veía el largo pasillo tras él, las dos columnas que sujetaban el arco a cada lado y el sonido pacífico de una fuente cercana.

—Mete las manos en los bolsillos de la chaqueta —hizo caso. Me hacía gracia que fuera a

hacerle una foto tan bonita a alguien con unos pantalones cortos y una sudadera fina de chándal.

Subí la cámara y eché la foto. Quería guardar en mi memoria aquella imagen para siempre, su cara y poder dedicarle alguna vez mis líneas en algún libro futuro. Quería poder describir perfectamente su mirada, la forma de sus labios. Bajé la cámara y le vi acercarse a paso lento sin la bolsa. Fruncí el ceño y abrí los ojos como platos cuando sujetó mi cara entre sus manos y me besó con esos labios aterciopelados, sencillos y finos. Sentí su necesidad de curar y ser curado, de cuidar y ser cuidado, de amar y ser amado. Rodeé su cuello con mi brazo libre y le acerqué más, antes de que se rompiera y juntara su frente a la mía con sus ojos cerrados y la respiración agitada chocando con la mía.

—Hace un mes, me dijiste que no me dejarías —asentí a pesar de saber que él no podía verlo—. Yo tampoco voy a dejarte, lo prometo —susurró abriendo los ojos lentamente. Tragué saliva al ver sus ojos más claros que nunca. Sonreí al borde de las lágrimas y le agarré su mano de nuevo, antes de sorprenderme con su voz—. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor.

—Lo es —afirmé apretando sus dedos con los míos.

Supe entonces que no me había equivocado al elegir la ciudad, pero tampoco me había equivocado al elegir con quien compartirla.

Agosto

Disfrutaba de los atardeceres más que de cualquier otra cosa. Las olas morían en la orilla y la calma las seguía. El sol se ponía en el horizonte quemando todo a su paso con un fuego naranja descontrolado. No estaba segura de merecer estar presenciando aquel momento, pero de lo que sí tenía certeza era que no iba a dejar de disfrutarlo.

Nuestros cuerpos se estiraban sobre la arena. Habíamos estado así durante toda la tarde, bajo la sombrilla de colores arcoíris ya cerrada y César manteniendo sus ojos cerrados. Él estaba escuchando el mar. Él escuchaba todo lo que se movía a su alrededor y seguro que se mezclaba en sus oídos como si procediera del interior de una caracola. Largo y tendido, su cuerpo dibujaba la perfecta silueta en la arena seca y amontonada a nuestro alrededor. Había estado formando esa muralla haciendo un círculo que nos dejaba dentro con el paso de las horas porque, según él, «quería protegernos del frío exterior».

—¿Has vuelto a escribir? —preguntó en voz baja abriendo uno de sus ojos y encontrándose conmigo. Respiré hondo y aparté la mirada de él para después vaciar los pulmones de aire.

Estaba teniendo muchos problemas con eso. La frustración de que no llegara nada de inspiración estaba empezando a crecer y me había llegado a plantear el dejar de escribir y dedicarme a otro hobby que tuviera menos dificultad y que me sacara menos de quicio cada vez que no funcionaba. Había dejado apartada la historia que había empezado a escribir, una entre tantas otras. Pensaba que al cambiar de lugar y sentirme feliz todo iría rodado, pero no tenía nada que ver. No era algo que le hubiera contado a mi madre, porque ella me diría que todo estaba bien y que pronto volvería a escribir. Eso no era verdad. A lo mejor estaba dedicándole poco tiempo y me estaba distrayendo demasiado...

—Marta —llamó César cortando mis pensamientos. Le miré seria y me eché hacia atrás a su lado.

—No, todavía estoy pensando si quiero seguir esforzándome —susurré. Sabía que él quería ayudarme, había estado durante semanas viniendo con nuevas ideas esperando que alguna de ellas encendiera la bombilla, pero no había sido así. Él no podría ayudarme, no con mis libros.

—¿Por qué piensas dejarlo? Es algo que te gusta, y he leído cosas tuyas, permíteme que te diga que lo haces bien.

—Es inútil seguir haciendo algo que no me lleva a ningún lado y que está empezando a afectarme negativamente —respondí girando mi cabeza para encontrar su ceño fruncido. Él siempre ponía esa cara cuando le llevaba la contraria, lo aborrecía.

—Eso piensas, ¿eh? —asentí sin alejar mis ojos de él—. Nunca has planeado ninguna de las ideas que te he dado, y creo que son buenas, si yo las usara tendría veinte agrupaciones ya.

—Pues úsalas —dije—. Nadie te lo impide. Además, no vas a picarme diciendo esas cosas que ya me conozco tus tretas.

Rodó los ojos y se sentó.

—¿Por qué no nos bañamos? No te has metido en toda la tarde.

—Ya sabes que soy más de tumbarme en la arena que de meterme.

Pasó una mano por el pelo rizado en la cima de su cabeza y lo echó hacia atrás antes de llevar sus ojos a unos niños que todavía tenían energías para perseguirse por la orilla y lanzarse arena. Me senté al oír sus risas y el piar de las gaviotas. Uno de los niños llenaba un cubo de arena y luego, lo cogió para echarlo por encima de su cabeza.

—¿Acaba de...?

—Sí —musitó antes de soltar una carcajada al aire al ver que el niño volvía a hacerlo—. Dime algo, ¿por qué no nos divertimos un poco? Que no te guste bañarte no tiene por qué significar que tampoco te guste divertirse, a pesar de que la gente sonriendo y haciendo cosas diferentes es un rollo y todo eso.

—Eres imbécil, yo sé divertirme —dije poniéndome de pie frente a él. La media sonrisa de César señalaba que había conseguido justo lo que quería. Sabía que me ponía de los nervios que me hablara con ironía.

—Bien, pues a ver, doña diversión, ¿qué sugieres?

Fruñí el ceño y miré a mí alrededor. No había demasiadas opciones tampoco. Mordí mi labio inferior con nerviosismo y le observé decidida.

—Vamos a bañarnos, ahora que no hay tanta gente.

No faltó mucho más para que César se levantara y se pusiera frente a mí antes de dejar un beso en mi frente y pellizcar con sus dedos mi mejilla. Siempre hacía eso. Desde mi posición, de espaldas al mar, podía ver como la llama naranja cubría su rostro y su piel morena brillaba sin remedio. Para mí, se convertía entonces en la persona más bella que jamás había visto, incluso aunque no fuera para nada perfecto, no le hacía falta serlo. Sacudió la arena de su bañador y extendió la mano hacia mí.

—Vamos.

Apreté los labios por un instante, pensando que probablemente no había sido una gran idea, pero cogí su mano y ambos caminamos por la playa hacia la orilla. Pasó su brazo por mis hombros y me estrechó contra él haciéndome sonreír. No solía ser una persona pegajosa y eso me gustaba, sabía cuál era el tiempo para cada cosa.

—Seguro que está helada —me quejé mientras me estiraba la parte de abajo del bikini para colocarla.

—¿Puedes dejar de ser el león por un momento, por favor?

Puse los ojos en blanco y le empujé lejos de mí, pero no me dio tiempo a ir demasiado lejos antes de que sujetara uno de mis brazos y me cogiera sobre su hombro ganándose mis gritos al tiempo que corría hacia la playa. Vi a los niños en la orilla sonriendo y señalándonos. Comencé a sentir las salpicaduras del agua templada dando en mi cara y haciéndome cerrar los ojos.

Quise gritar de nuevo, pero no tuve tiempo de hacerlo cuando el agua me engulló. Sentí las burbujas revoloteando en mis orejas y el pelo enredándose en mi cara. Cerré los ojos con fuerza y busqué el exterior con mis brazos luchando por el aire que me faltaba. Salí del agua tosiendo y quité el pelo de mi cara echándolo hacia atrás. Vi a César mirarme con una sonrisa y como si estuviera quedado, ido en alguna otra galaxia. Me acerqué y le salpiqué con el agua cuando estuve cerca. Entonces, se lanzó hacia mí y de nuevo terminé bajo el agua. Luché por girarme y poder hundirle a él casi sin poder aguantar la risa. La suya llenó el cielo y sus ojos se llenaron de estrellas. Me acerqué y le abracé por su estrecha cintura mirando lo poco que quedaba del sol.

—Parece que va a meterse en el mar y quemarlo todo —dijo con su boca pegada a mi oído. Sí,

justo parecía eso. El sol podría achicharrarme en ese momento y ni siquiera me quejaría—. Salgamos antes de que eso pase.

—No creo que vaya a pasar.

—Yo tampoco, pero sí que tengo frío —sonreí haciendo un puchero—. ¿Por qué esa cara?

—El niño pequeño tiene frío, ¿eh?

Di un toque en la punta de su nariz fina y él alzó una ceja.

—Vamos a quedarnos aquí, vale, pero abrázame otra vez, al menos así tengo un poco de calor. Abrí los brazos hacia él sonriendo y le dije.

—Ven a mí.

La luz del faro me deslumbró cuando su luz comenzó a ser más protagonista y hacía brillar el agua y el cielo. Acariciaba la piel oscura y dorada de César, llevándome conmigo las gotas de agua que se habían quedado formadas en su pecho y hombro libre. No había otro sitio en el que quisiera estar en aquel instante. Quise preguntarle si él se sentía igual, pero no lo hice, no quería hablar y romper aquello que estábamos viviendo.

Me pasé la blusa por encima de la cabeza y recogí mi pelo en dos pequeñas trenzas mientras él se terminaba de secar y doblaba la toalla que habíamos traído. Metí la sombrilla en la funda y entretanto miré a la gente que ya andaba por el paseo marítimo parándose en los puestos en los que vendían pulseras y collares, entre otras cosas.

—Vamos a desentonar —avisó a mis espaldas. Me giré y asentí encogiéndome de hombros.

—No me importa. Verán nuestras caras llenas de alegría y juventud y nos envidiarán por no haber podido pasar esta tarde igual.

—Yo veo a ese señor muy feliz con su mujer —anunció señalado a una pareja que se comían un helado sentados en el muro que separaba el paseo de la arena. Ambos comían del cono con una bola de chocolate. Me quedé embobada con la imagen de los dos disfrutando y sonriéndose mientras conversaban. Yo tenía eso ahora—. No sabes cuánto deseé que me buscaras en febrero —confesó sin apartar la mirada de la pareja. Fijé los ojos en su perfil y parpadeé rápido sorprendida—. Cuando volví a verte en la playa, no me lo podía creer y algo dentro de mí me dijo que no podía dejarte ir, que tenía que permanecer a tu lado.

Pasaron segundos, largos segundos, hasta que pude dejar de notar mi boca seca y hablar.

—A veces no quiero recordar cómo era mi vida antes de ti —confesé—, antes de Cádiz. Siento que mi vida comenzó cuando llegué aquí, como si hubiera nacido de nuevo. Me alegro de que haya sido con alguien como tú.

Acarició mi mejilla y bufó haciéndome sonreírle con dulzura.

—Ve recogiendo, voy a comprar algo para beber por el camino —dijo. Asentí sintiendo que todo se había vuelto frío de repente. Dejó un beso en mi mejilla y se marchó corriendo fuera de la playa.

Cuando recogí todo, me senté en la arena al lado de nuestras cosas esperando a que volvieran. Fueron minutos que parecieron horas hasta que volvió, sin nada entre sus manos. Me puse de pie y abrí las manos sin entender.

—¿Por qué has tardado tanto? Creía que estábamos teniendo un momento.

—No me decidía —habló sofocado poniéndose enfrente—. Extiende el brazo.

Hice lo que pidió desconfiada y rodeó mi muñeca con una pulsera con distintos tonos de verde y amarillos. Luego me dio otra y extendió su brazo para que le pusiera la suya que era igual.

—El verde por la esperanza que me das y que me da lo que tenemos y el amarillo, por cada sol que veamos morir y por cada sonrisa que seas capaz de regalarme.

—Yo...

—Acompañarte a casa y que me despidieras con un beso sería todo lo que te pido como cobro.

Sonrió mostrando sus dientes e imité su gesto sin poder retener las ganas de abrazarle.

—Gracias —susurré contra su cuello.

Septiembre

Me apoyé en el muro de mi terraza y observé Cádiz desde allí. La luna quería romper las nubes que cubrían todo el cielo. El olor a lluvia y el levante comenzaban a amenazar a la cordura. El sonido de la guitarra de César llevaba un tiempo en silencio y él se encontraba con las narices metidas en su móvil. Las pasadas semanas había comenzado a pasar mucho más tiempo en mi casa, más que de costumbre. Ya ni siquiera se esforzaba por llevar más que los pantalones y los calcetines. Dejaba la camiseta tirada por cualquier sitio y yo llegaba a su rescate, me gustaba estar impregnada de su perfume, porque así cuando se marchaba, yo podía seguir oliéndole.

Me sentía a gusto cuando él revoloteaba alrededor, cuando se metía en la cocina y me quitaba el cuchillo y él ocupaba mi lugar para hacer la cena; cuando aparecía por sorpresa en la puerta de la librería para recogerme y traía la tarrina del helado de menta que tanto me gustaba; las conversaciones que teníamos en el balcón o sentados en nuestro lugar en la Alameda; las largas caminatas sin rumbo entre las calles, para terminar mirando el callejón del duende en el que nos besábamos igual que aquellos amantes prohibidos. Me gustaba cuando me paraba en cualquier lugar y se quedaba mirándome durante segundos como si fuera a olvidar mi cara si no hacía eso, como si quisiera guardar algo tan dentro de él y no dejarlo salir jamás. Me gustaba su voz. Cuando cantaba, cuando hablaba, el susurro o la voz alta.

—¿Pasa algo? —pregunté acercándome viendo su cara seria. Los problemas con su padre no se habían solucionado o al menos no del todo, y estaba sobrepasándole sobre todo el dejar todo lo que sentía dentro de él. Me agaché frente a él y retiré el pelo de su frente cuando me miró.

—Mí padre quiere que vaya a cenar, tiene algo que contarme —dijo echándose hacia atrás, apartándose de mí—. Eso mismo dijo hace dos semanas y no fue exactamente nada bueno.

—Deberías ir. A lo mejor esta vez sí que lo es —aconsejé y me puse de pie para apoyarme en la mesa donde reposaba su guitarra. Su mirada estaba baja, mordisqueaba su labio inferior, ese gesto que hacía cuando estaba pensando.

—Quiero ayudarle, Dios sabe que quiero, pero no me deja y me lo pone muy difícil.

—Creo que deberías hablar de eso con él, contarle qué sientes, comunicaros. Podemos vernos mañana, haré esos rollitos de primavera que tanto te gustan.

Tragó saliva y elevó la vista para mirarme. Sus ojos estaban cristalinos y notaba la preocupación en su rostro.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—No sé, ¿conocer a tu padre? —una risilla entre incrédula y nerviosa brotó de mis labios y me alejé de la mesa. Eso no era mi idea de conversación familiar entre ellos, yo no tenía que estar esta noche en su casa.

—Es un buen hombre a pesar de los problemas, y no creo que sea demasiado pronto, ¿no?

Miré su cara y supe que no debería haberlo hecho porque no podría decirle que no.

Caminamos por las calles nocturnas, cruzándonos con los jóvenes y las familias que salían a tomar un poco el aire. Me había puesto unos vaqueros y una camiseta sencilla porque no quería aparecer demasiado arreglada como si aquello fuera una presentación oficial de su familia. César sujetaba mi mano y la apretaba cada minuto imprimiendo tranquilidad o tal vez, para poder tranquilizarse a sí mismo.

—Mi padre siempre ha sido muy buen cocinero, así que no debe preocuparte el que la cena no vaya a gustarte. Antes, él siempre cocinaba, pero con el tiempo dejó de hacerlo y bueno, es algo que echo de menos de él —contó César cuando giramos una de las esquinas que nos acercaba a su casa.

—¿Trabajaba como cocinero? —negó con la cabeza y se aclaró la garganta.

—Trabajaba en un taller de carpintería. Se le da también bien eso —se encogió de hombros—. Algo que siempre he admirado de él es que sabe hacer cualquier cosa. Recuerdo que cuando era pequeño, traía a algunos amigos a casa cuando se les estropeaba la bici o cuando teníamos que hacer alguna manualidad para clase, él siempre nos ayudaba.

—Me estás quitando los nervios —dije—. Ahora hasta tengo ganas de conocerle.

—Te va a caer bien.

Abrió la puerta de su casa y me dejó pasar primero antes de cerrarla a sus espaldas. El salón estaba iluminado por la luz de la lámpara que dejaba un rastro amarillento. Una mesa vestida con un mantel de flores y dos vasos boca abajo, estaba situada detrás del sillón. Su padre al parecer no esperaba más invitados que César. Le llamó y se oyeron unos ruidos antes de que un hombre apareciera desde la cocina. Vestía un delantal amarillo en el que se leía «De Cai, picha», y tenía unas pinzas de cocina en su mano. Frunció el ceño cuando me vio y saludé con la mano cortamente antes de que César me adelantara y sonriera nervioso.

—Papá, he pensado que podría presentarte a Marta —dijo titubeante. En otro momento, me hubiera reído de esa voz tartamuda y nerviosa, pero en aquel no podía hacer otra cosa que mirar fijamente al hombre que se encontraba serio.

—¿Y quién es Marta?

Una pregunta con segundas: *genial*.

—Ella es... ¿mi novia? —César me miró con las cejas alzadas y le respondí con mis ojos entrecerrados. A qué venía esa cara. Caminé hacia el hombre y traté de sonreír.

—Yo soy Marta, la novia de César.

—Soy Ángel —se presentó limpiando su mano en el delantal y ofreciéndola para que la estrechara. Su expresión había cambiado y mostró una sonrisa suave que le iluminaba la cara, el mismo efecto que ese gesto tenía en la cara de César—. Veo que no soy el único que tiene noticias hoy. Luego hablaremos, Tito —alzó la voz mientras se metía de nuevo en la cocina. Me giré y miré a César.

—¿Tito?

—Me llama así porque con 15 años cuando me empezó a salir el bigote, se empeñó en decir que me parecía a los dibujos de Tito Yayo, el que tenía el bigote. Es una tontería —rodó los ojos y se acercó mientras yo no pude aguantar la carcajada—. No te rías, bastante humillación tengo ya.

—¡Ya está la cena! —gritó saliendo de la cocina con una bandeja en la que había una merluza en salsa. El olor era suave y te invitaba a querer comértela entera.

Nos sentamos alrededor de la mesa después de que Ángel me pusiera un vaso con agua y luego se inició en las reparticiones, poniendo una porción bastante generosa. Se sirvió una cerveza y me observó después de dar un trago.

—¿Hace cuánto os conocéis? —preguntó.

—Ocho meses, pero con algunas pausas —contesté y traté de explicarlo cuando vi su cara de incompreensión—. Resulta que yo vine en febrero pero luego me fui y cuando volví, nos encontramos de nuevo.

—Y ya no os habéis separado, ¿eh? —dijo unos golpes en el hombro de César y este cerró los ojos un instante. Estaba tratando de ponerle en evidencia y eso era algo que él también había heredado.

—Papá...

—Has dicho que te fuiste, ¿de dónde eres? —inquirió ignorando a su hijo.

—De Madrid.

César se pasó una mano por la frente mientras no quitaba su mirada del plato. Ángel rio en alto y frunció el ceño, ¿qué le hacía tanta gracia?

—¿Has cambiado Madrid que está lleno de trabajo por venirte aquí? —asentí lentamente—. ¿Ves, hijo? Lo importante es la alegría y el vivir bien, no el trabajo, y en Cádiz de eso nos sobra. Me alegra que lo hayas visto.

Mi cuerpo se relajó cuando le vi sonreír con amabilidad y le sonreí de vuelta asintiendo de nuevo. Nos fundimos en una conversación en la que me contó cómo había sido su juventud en la Cádiz de antes y cómo había cambiado la ciudad desde entonces, y que, a pesar de eso, lo que no había cambiado era la gente. César también parecía estar más tranquilo y se había incluido en la conversación, la risa había vuelto a cubrir su cuerpo y se le veía menos pálido, más lleno de color.

—¿Qué era lo que ibas a contarme? —preguntó entonces cuando comíamos un poco de helado. Ángel dejó la cucharilla con la que estaba moviendo el café y le observó.

—No quería tener que decir esto delante de nadie, pero bueno, me has caído bien —dijo mirándome por un segundo—. Sé que últimamente he sido una decepción para ti, también lo he sido para mí. Siempre he querido ser para ti un ejemplo a seguir, alguien a quien admiraras y sé que no he cumplido con esos deseos y que no he sido el mejor padre que podías tener. Espero que puedas perdonarme eso algún día y que nos vayamos a comer por ahí —me señaló y sonrió de nuevo—, ahora los tres.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un trabajo nuevo en un bar en La Viña, de momento es algo temporal, pero me han dicho que puede que me contraten para más tiempo después —soltó todo rápido. César comenzó a sonreír hasta que no pudo aguantarse y se levantó para abrazar a su padre. Aquella imagen hizo que mi pecho se apretara de emoción y me sentí una espectadora de algo que probablemente no debería estar viendo pero que sí necesitaba ver.

—Así puedes invitarnos a comer, tienes razón.

—Enhorabuena, Ángel —dijo con la voz contenida. Asintió agradecido y apretó el brazo de su hijo.

—Y ahora, me voy a dormir, que empiezo mañana —se puso de pie y nos miró a los dos—. Encantado de conocerte, Marta. ¿Te encargas de limpiar, Tito?

—Sí, claro, ve a descansar.

Sequé el último plato y lo guardé en el armario abierto al tiempo que César limpiaba la encimera y cogía la escoba para barrer la cocina. Apoyé mi cadera en la encimera y le observé. Su postura había cambiado, como si de pronto, todas sus preocupaciones se hubieran eliminado por completo. Cuando pasó delante de mí, le cogí del brazo para que frenara y me mirara.

—¿Ocurre algo? —preguntó en voz baja. Negué con la cabeza y me acerqué para abrazarle.

—Estaba preocupada por ti y ahora que te veo así, bien, contento, pues me he venido abajo —susurré. Bajó su cabeza para enterrarla en mi cuello y dejó un beso allí.

—Todo está bien. No voy a decir que esperaba que esta noche fuera a salir tan bien, pero así ha sido —rodeó mi cuerpo con sus brazos y me estrechó contra él—. Gracias por venir, sé que ha sido una decisión difícil y espero que no te arrepientas.

—No lo hago —alcé la cabeza para mirarle sin separarme de él y dejé un beso en su mentón—. Me gustó que me llamaras novia. No es algo que hubiéramos hablado, pero creo que no hacía falta hacerlo.

—No podía presentarte de otra forma que no fuera esa.

Nos separamos y él siguió barriendo. Metí un mechón de pelo tras mi oreja y miré la hora decidiendo que era lo suficientemente tarde como para marcharme a casa. Salí de la cocina y tomé mi bolso antes de volver a asomarme a la cocina. César me observó con el ceño fruncido.

—Creo que me voy, ya es tarde.

—¿Por qué no te quedas? Mañana podría acompañarte a casa temprano.

—No quiero que tu padre se enfade —expresé. Inclino su cabeza y sonrió.

—Ya has estado durmiendo aquí y en mi cama una vez.

—Pero eso él no lo sabe.

César se encogió de hombros y salió de la cocina haciendo que le persiguiera por el pasillo.

—¿Dónde vas?

—Voy a pedirle permiso, solo para que no te vayas.

—No seas tonto —susurré frente a la puerta de la habitación de Ángel. Suspiré y me quité el bolso del hombro—. Me quedaré, pero no dormiré contigo.

—Duerme donde gustes, bonita —dejó un beso en mis labios y anduvo hasta su cuarto. Ese chico estaba volviéndome loca.

Octubre

No podía más.

Las últimas semanas habían sido duras. Había intentado volver a escribir, esta vez, una de las ideas que César me había dado. Aprovechaba que él no estaba demasiado alrededor últimamente porque estaba haciendo un doble turno en el trabajo. Las hojas seguían en blanco o hechas una bola o rotas por la mitad. Mi casa era un desastre y el estrés y la frustración aumentaban por momentos. Había hablado con mi madre y efectivamente, ella me había dicho que todo saldría con el tiempo, que la inspiración volvería de golpe y que no tenía que forzarla, pero no llegaba, no quería venir y yo solo quería escribir, hacer lo que siempre había deseado hacer.

Ni siquiera sabía por qué lo estaba intentando de nuevo. Creía haber solucionado todos mis problemas sin darme cuenta de que mi problema real era que no había solucionado realmente ninguno, había pensado que sí y ese había sido el mayor error de todos. Me había encerrado en César, en que todo lo que veía de mí era perfecto para él y eso me había hecho dejar de ser crítica conmigo misma.

«*Él no es el problema*», me dijo mi subconsciente. Claro que no lo era, pero por qué había algo en mí que me decía que sí. Había llegado dispuesta a escribir en un tiempo y había conseguido una idea, pero luego él vino y me olvidé de todo lo demás y perdí las ideas. Tal vez, sí que tenía algo de culpa.

—No seas estúpida —dije el alto. Mi voz retumbó por todo el lugar y me estremecí. Estaba perdiendo la cabeza. Abrí la puerta de la terraza y me senté en medio del césped artificial que había colocado en medio. Pegué las rodillas a mi pecho y dejé que la respiración se tranquilizara —. No te pongas nerviosa, mantén la calma. Todo va a ir bien —me consolé con susurros continuos—. Todo va a salir bien.

Aunque me dijera esas cosas, en el fondo sabía que no iba a ser así. No sabía qué haría si no lograba escribir nada. Escribir era mi vida y no podía permitir perder eso. No entonces, no nunca. La sensación que me daba el saber que todos los pensamientos y las ideas se fundían en el papel, me hacía sentir feliz, aliviada, como si limpiara mi alma, como si esa parte que estaba mal de mí desapareciera y se convirtiera en una historia bonita, en una historia llena de esperanza. Esperanza que yo había comenzado a perder. Escribir me había hecho superar los momentos malos de mi infancia, por eso usé la poesía para expresarme cuando no era capaz de contar mis problemas a la asistente social, ese había sido también el método por el que mi madre y yo nos habíamos relacionado los primeros meses, el método por el que yo había sido capaz de contarle mis sentimientos. Escribir era yo y si no tenía eso, no tenía casi nada.

La puerta de casa sonó y por ella apareció César con la sonrisa que siempre llevaba encima. Me arrepentí y me sentí culpable por los pensamientos que había tenido antes. Él no merecía que yo pensara eso, me había animado desde el principio, por dios, me traía diez ideas por semana solo para que yo fuera capaz de escribir veinte líneas. Me miró desde dentro y su ceño se frunció

mirando alrededor. Abrió sus brazos y me encogí de hombros respondiendo a su pregunta no formulada. Salió fuera y se sentó a mi lado sin tocarme hasta que apoyé mi cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—¿Sigues en esa crisis existencial? —preguntó bajo. Solo le di un “mhm”. El día que menos lo esperes saldrás de ese hueco en el que estás metida. ¿Has hablado con tu madre?

—Sí, ella piensa que cualquier día de estos la inspiración llamará a mi puerta y escribirá por mí.

—¿Eso cree? Espero que sea pronto —escuchaba la sonrisa en su voz e incluso en ese momento que era difícil para mí, quise sonreír con él—. ¿Has conseguido algo?

—Unas cuantas líneas que no sirven para nada.

—Puedo leerlas si... —le interrumpí.

—No quiero que leas nada, no sirven.

—Podría...

Me separé de él y le miré negando con la cabeza.

—No.

—Vale —cedió. Tomó aire y se puso de pie—. He traído sushi, solo hay que ponerlo en platos —su tono se apagó ligeramente y volví a sentirme culpable. Una vez más.

—Lo hago yo. Dúchate, si quieres.

Extendió su mano para que la tomara y me ayudó a levantarme. Dejó un beso en mi frente y se adelantó para entrar en el interior en dirección al baño. Anduve a prisa hasta la cocina sin querer ver los papeles. Abrí la bolsa y saqué las bandejas y después los platos. Coloqué todo estratégicamente en distintos platos y puse las salsas en unos pequeños cuencos que había comprado después de la primera vez que comimos sushi. Oí el canturreo después de algunos minutos de César en el salón. Estaba cantando aquel pasodoble que había decidido dedicarme, ‘La mujer mojarrita’ de una comparsa que se llamaba Los Doce.

Terminé y cogí los platos para salir al salón. Cuando llegué vi a César recogiendo los papeles del suelo y parándose a leer algunos de ellos. Fruncí el ceño y dejé los platos en la mesa antes de quitárselos de las manos de un tirón y arrugarlos entre las mías. Le miré furiosa sin saber exactamente por qué me estaba sintiendo.

—¡Te he dicho que no! —grité. Sus ojos se abrieron y pude ver el gris como si fueran dos faros brillantes. Recogí los que quedaban por la mesa y el suelo y los llevé todos hasta la basura —. Estoy harta de que te entrometas siempre en mis cosas, no quiero tus estúpidas ideas, ni tus estúpidos consejos que no le funcionan a nadie. ¿Lo entiendes? ¿Te entra en la cabeza? —ataqué sabiendo que me estaba equivocando, que debería cerrar la boca. Sin embargo, él se quedó allí en medio mientras yo gritaba y le decía de todo. Su pelo empapado sobre su frente, su pecho subiendo y bajando con tranquilidad, sus brazos a cada lado de su cuerpo. Las lágrimas comenzaron a caer sin ningún control y le vi dar dos pasos antes de pararse.

—Tal vez no debas seguir escribiendo. No es un consejo, es una opinión. Si te está haciendo daño y está haciéndote comportarte de esta forma, creo que no es bueno que sigas con ello —habló despacio y eso hizo hervir mi sangre. ¿Por qué era tan comprensivo?

—Deberías enfadarte conmigo.

—¿Quién te dice que no lo estoy? —Preguntó y aquello me hizo tragar saliva—. Pero, por encima de eso, te quiero, aunque no sé si puedo ayudarte... si tú quieres que te ayude.

Me quedé callada porque no sabía qué decir. Esto estaba haciéndome daño, él tenía razón pero también le estaba haciendo daño y eso no me gustaba tanto, no soportaría hacerle daño a él.

Señaló el sillón e hizo un gesto con su cabeza.

—¿Comemos y hablamos después de lo que vamos a hacer?

—Sí —dije acercándome a él. Pasó los pulgares por mis mejillas llevándose con ellos todas las lágrimas y me dio una sonrisa lastimera.

Comimos en silencio notando su mirada en mí en algunas ocasiones. No me gustaba que estuviéramos tan callados, quería hablar con él como si todo fuera bien, como si todo fuera normal y yo no me hubiera hundido en la mierda de repente. Así como si alguien se hubiera apoderado de mi cuerpo y me hubiera convertido en otra yo, una que no me gustaba en absoluto. Tomé aire y le miré.

—¿Cómo ha ido tu día?

Se encogió de hombros.

—El turno tan largo está acabando conmigo, doy gracias porque solo me quedan dos semanas de esto y después podré volver a mi vida normal —contó con una sonrisa. César era capaz de hacer olvidar cualquier mala situación. Pero, él había dicho que hablaríamos y tarde o temprano aquello llegaría, quisiera o no, porque él no iba a dejarlo pasar—. Luego, podríamos ir a dar una vuelta, para que nos dé el aire y para que te despejes. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

No sería capaz de decirle que no a nada en aquel momento, no después de lo que le había dicho, lo feo que había estado decirle aquello.

—Lo de antes... —comencé.

—Déjalo, da igual.

—Lo siento —no quería dejarlo, porque tenía que decírselo—. Me he pasado, pero... es que no sé qué me pasa, no me sale nada.

—Tienes que tener un poco más de paciencia, solo eso. No puedes hacer de escribir tu vida entera, como si no existiera nada más.

—Es mi vida, César.

—¿Y yo qué soy? ¿Tengo espacio en esa vida? —Inquirió con un deje de molestia—. ¿Vamos a dar esa vuelta ya? Creo que ahora también yo la necesito.

Me puse su chaqueta cuando llegamos al paseo porque no caí en la cuenta de que haría tanto frío. Por suerte, él llevaba una sudadera de chándal y podía abrigarse. La Caleta se encontraba iluminada por las farolas del paseo y cuando tomamos asiento bajo el gran ficus permanecemos mirando hacia las barandillas blancas que nos separaban de la playa. El aire era gélido y llegaba en pequeñas ráfagas que hacían que la sensación de frío fuera aún mayor.

Su última pregunta seguía rebotando en mi cabeza y me cuestionaba el por qué él consideraba que no tenía un lugar en mi vida, era obvio que sí lo tenía, ¿no?

No había sujetado mi mano durante el camino, las había mantenido en los bolsillos de sus vaqueros, y tuve que resignarme a meter las mías dentro de los bolsillos de su chaqueta. La distancia entre nosotros había aumentado en cien kilómetros de un momento a otro y supe que la culpa era mía, todo el tiempo había sido mi culpa.

—Solo voy a hacerte una pregunta, Marta —dijo llamando mi atención. Asentí instándole a que siguiera hablando—. ¿Tú quieres que sigamos con esto que tenemos?

—Sí, por supuesto que sí —respondí rápido mirándole extrañada. El nudo en mi garganta crecía por momentos—. ¿Por qué preguntas eso?

—Si es así, tiene que ser de otra forma —susurró y me costó incluso escucharle, pero lo hice y aquello hizo que mi corazón doliera—. No puedo verte así y no poder hacer nada por ayudarte. Lo

que a ti te pasa, yo no puedo solucionarlo, tienes que ser tú sola y yo... —me miró y sus ojos estaban oscuros. Esos ojos que transmitían más que cualquier gesto, estaban diciendo algo muy malo, algo que no me gustaba—...no puedo.

—¿Quieres romper conmigo? ¿Es eso?

Sus labios se apretaron y quitó la mirada de mí. Asentí y bajé la cabeza. Yo había provocado que llegáramos a ese punto, tensar tanto la cuerda había hecho que se rompiera.

—Es solo... tienes que solucionar esto y solo entonces podremos estar juntos. No puedo soportar esta situación, quiero ayudarte, de verdad y no quiero dejarte por nada del mundo, pero, Marta, joder... esto no está bien.

—Dejarme tirada tampoco —rebatí poniéndome de pie. Me miró desde su posición. Ni siquiera podía llorar. Me sentía vacía y devastada, sobre todo, devastada, como si me hubiera aplastado una tormenta—. Lo siento si te he hecho daño, César, pero no me dejes, por favor. No lo hagas, no me dejes sola.

Sorbió por la nariz y se pasó los dedos por sus ojos.

—No hay otra solución.

La firmeza de su voz hizo que me derrumbara por completo. Un sollozo salió desde lo profundo de mi garganta y se liberó en la calle vacía. Me encogí dentro de su chaqueta, había apretado la tecla justa para que todo en mí se rompiera en unos pedazos que no estaba segura que pudiera recoger. Se levantó y me abrazó con fuerza y eso solo me hizo llorar aún más. Sentir como su cuerpo temblaba porque se estaba rompiendo igual que yo hacía más daño todavía. Nunca me había sentido así, nunca. El sentir, de verdad, que el corazón se apretara tanto que me creara un dolor irreparable en el pecho; que el aire no llegara a los cerrados pulmones; que las piernas se me aflojaran y la cabeza doliera a matar por el llanto imparables que corría como un río.

Me separó de él y apenas podía verle mientras limpiaba las lágrimas de mis mejillas. Daba igual cuantas veces pasara las manos por ellas, no podría eliminarlas de allí por mucho que quisiera.

—Te quiero, Marta, te quiero tantísimo —dijo con su voz llena de lloros.

—Pues no me dejes.

Bajó su cabeza y me besó. Un beso con sabor a despedida, un sabor lleno de amor y lleno de tristeza. Un hasta luego con sabor a adiós. Cerré los ojos y traté de llevarme ese beso conmigo, para recordarlo y para sentirlo, porque él sí tenía un espacio en mi vida, él era casi toda mi vida allí.

Noviembre

Había pasado dos semanas sin hacer nada. Solo iba del sillón a la cama y de la cama al sillón de nuevo. Tampoco había salido de casa, no me apetecía, no tenía fuerzas ni para mirarme en el espejo. Lo más difícil había sido hablar con mi madre por teléfono y decirle que César y yo habíamos roto. Esa llamada fue la más complicada que tuve que descolgar. Después de ignorar diez llamadas, tuve que cogerlo y llevarme la charla del año. César no había llamado. Sí mandó algunos mensajes la primera semana, mensajes que no fui capaz de responder, porque dolía. Luego, dejaron de llegar.

Llegó el momento en el que meforcé a salir de la cama, ducharme y vestirme. Salí a mi azotea después de un tiempo y miré al horizonte mientras bebía de mi taza de colacao caliente. El frío calaba, pero no podía apartar los ojos del paisaje. El sol iluminaba sin fuerza sobre el agua, un rayo único que se había abierto paso entre las nubes. Me quedé con ese rayo, esa pequeña sensación de esperanza que se abría también para mí. Pensé entonces que era momento de avanzar, de levantarme y comenzar a andar de nuevo. Entré dentro de casa y caminé hacia la habitación antes de abrir el armario y ver la ropa que César nunca se había llevado de allí. Retuve el impulso de tomar una de sus sudaderas y olerla para recordar su aroma, lo hice al menos durante unos segundos hasta que tomé esa gris que tenía una piña en medio. Esa que se había comprado porque me había gustado y dijo que así siempre me la podría prestar y oler a mí. La pasé sobre mi cabeza y me puse unos vaqueros. El espejo pasó desapercibido mientras me peinaba, no me fijé en mí misma. Cogí una mochila y mis cuadernos y salí a la calle.

No había planeado pasar por allí. Juro que no lo hice. Pero allí estaba, justo en la calle donde estaba el bar de César y allí estaba él, hablando con su grupo de amigos. Una de las chicas se había levantado y le había dado un abrazo corto, la misma chica que estaba con él en la playa cuando nos volvimos a ver. Él sonrió suavemente y les tomó nota. No era bueno estar allí, no había solucionado ningún problema, pero aquella estampa provocó un clic en mi interior y en mi cabeza. Cuando se giró, tal y como si hubiera sabido que estaba mirando, sus ojos se fijaron en mí y mi cuerpo se paralizó en el lugar. Pensaba que se daría la vuelta sin más y que se iría, pero en su lugar, saludó cortamente con la mano y dibujó una nueva sonrisa en sus labios. Respondí el saludo y fui yo quien dio dos pasos atrás y se dio la vuelta para marcharse. Él me dijo que volviera cuando lo solucionara y así lo haría. No miré atrás y él no me llamó y por primera vez, aquello no me dio pena.

Pasé muchas horas sentada en la playa, dibujando como una loca en mi cuaderno, dibujando ojos y dibujando puestas de sol. Escribí frases y frases con ideas. Ni siquiera sabía cómo había ocurrido, pero doña inspiración al final había decidido apuntarse a la fiesta. Casi me dolían las comisuras de los labios cada vez que se me escapaba una sonrisa. Las palabras empezaron a fluir sin que pudiera controlarlas y casi me dio tristeza el mirar a mi lado y no ver a César tumbado ahí. Comprendí que era una cosa que tenía que hacer yo sola, tal y como él había dicho. Me tumbé

bocarrriba sobre la arena como había hecho tantas veces antes y puse las manos sobre mi estómago. Los cúmulos de nubes revoleaban dibujando en el cielo figuras que hacían soñar. El azul y el morado se mezclaban y se reflejaban en los edificios, en la arena y en el mar. Olía a lluvia. Probablemente llovería tarde o temprano, y no sé por qué razón quise que lo hiciera, que mojara mi piel y la purificara llevándose todo lo malo y dejando eso bueno que comenzaba a salir de nuevo.

Paseé por el paseo marítimo jugueteando con la pulsera que César me había regalado y me encontré de frente con su padre. Al principio, traté de esquivarle y hacer como si no le hubiera visto, pero él decidió que no fuera así.

—¡Marta! —saludó en alto acercándose rápido con una sonrisa. Mi nariz picó cuando me dio un abrazo amistoso y corto—. Hacía mucho que no te veía, Tito está liado con el trabajo y los ensayos y no tiene tiempo de traerte por casa.

Tragué saliva. César no le había contado nada de lo que había pasado, y si él no lo había hecho, no sería yo quien fuera la que se lo contara.

—Yo tampoco estoy teniendo mucho tiempo —dije. Ángel negó con la cabeza y sonrió suavemente—. ¿Cómo va en tu trabajo?

—De maravilla. Estoy esperando que llegue final de mes para poder invitaros a esa comida que os prometí, pienso cumplirlo.

El nudo en la garganta se hizo más grande y duro. Puso una mano en mi hombro y le miré viendo la comprensión en sus ojos grises, los mismos que los de su hijo. Él sí sabía lo que estaba pasando.

—Todo va a salir bien, conozco a Tito, y él habla de ti de una forma que no lo he visto nunca viniendo de él —aseguró. Le devolví la sonrisa y señaló el camino que estaba siguiendo—. ¿Te apetece ir a tomar un helado? Esos siempre arreglan todo.

—¿No hace un poco de frío?

Se encogió de hombros.

—Los helados son para cualquier temporada. Vamos.

Me senté frente a él en la cafetería-heladería y pidió dos helados de menta con pepitas de chocolate. Me estuvo hablando sobre su trabajo, lo feliz que le estaba haciendo el poder tener su mente allí metida. Me habló de que su vida no había sido fácil, que le hicieron daño y que logró salir gracias al amor que César le había dado. Esa historia había hecho que no quisiera irme de allí porque quería que me contara cuantas más cosas mejor sobre él, cualquier cosa que pudiera retener en mi memoria.

Señaló los cuadernos que había dejado sobre la mesa y tragó la cucharada de helado que se había tomado.

—¿Qué es eso que llevas ahí?

—Soy una especie de intento de escritora —expliqué—. No ha sido fácil, pero creo que por fin he encontrado una historia que quiero contar.

—Tito me ha contado eso, me alegra que hayas conseguido escribir. Le va a poner muy feliz saberlo.

Negué con la cabeza rápidamente y le vi fruncir el ceño confuso.

—Preferiría que no lo supiera, todavía es pronto y no quiero que vuelva a salir mal. Quiero estar preparada para contárselo.

—Me parece bien, a veces soy un entrometido —sonreí y sacudí la mano quitándole importancia—. ¿Ayuda el helado?

—Extrañamente sí. Gracias por haberme invitado.

—Eres una buena chica, Marta. Pude verlo cuando estuviste en casa, puedo verlo en la manera que tienes de mirar a mi hijo. Veo en ti un cariño que a él le hace falta y te agradezco que estés dispuesta a dárselo.

—No es nada.

Ángel y yo nos despedimos cerca de mi casa y le vi marcharse dirección a la suya. A esas horas, César ya habría salido de trabajar así que no coincidiríamos de ninguna manera. Cuando subí a casa, comprobé el móvil y vi que había un nuevo mensaje de él. No lo abrí. En su lugar, salí a la azotea y continué escribiendo sin parar hasta que la mano me dolió y no pude sujetar más el bolígrafo y hasta que los ojos me pidieron ir a descansar. Había escrito casi medio cuaderno en el momento en que decidí dejarlos en la mesilla y tumbarme en la cama.

El móvil me miraba acusador desde su posición y me atreví entonces a cogerlo y abrir el mensaje de César. Tomé aire antes de comenzar a leerlo. No eran muchas frases y eran cortas y concisas.

«¿Cómo estás, bonita? Solo quería decirte que te echo de menos.

Pd. Esa sudadera de la piña te quedará siempre mejor que a mí. Desearía poder llevarla ahora para poder olerte y sentirte cerca. Te quiero»

Mis dedos temblaron sobre las teclas pensando en si debería responder. No quería iniciar una conversación con él, porque todavía me quedaba mucho por conseguir antes de hacerlo. Pero, supe que había una cosa que le podía decir y que él comprendería sin necesitar mucho más, él sabía lo que eso significaba para mí.

«Te adoro»

Diciembre

El invierno había llegado con fuerza, la humedad hacía que el frío calara más hondo y que todo pareciera estar mojado por una fina capa de agua, esa misma que termina entumeciendo los cuerpos. Mi madre llegaría en unos días para celebrar el día de nochebuena juntas, pero antes de eso, yo tenía algo que resolver. Había conseguido terminar el libro que estaba escribiendo y solo lo había hecho en un mes. Me había sorprendido haberlo hecho tan rápido después de que me hubiera costado tanto empezar.

Ahora estaba frente a Ángel que me miraba expectante mientras yo intentaba recuperar el aire. Sabía que César no estaba, me había cerciorado de que así fuera. Esperé hasta verle salir y luego, avancé hasta su casa. No le había visto ni hablado con él en persona aún y siempre había sido un poco romántica, así que pensé que todo eso era buena idea.

—¿Qué quieres, hija?

Parpadeé al oír la voz ronca de su padre. Respiré hondo y saqué lo que había envuelto antes de dárselo. Él lo miró confuso antes de cogerlo.

—¿Puedes dárselo a César? —pregunté intentando no sonar temblorosa al tiempo que metí las manos en los bolsillos—. Me gustaría que simplemente se lo dieras, él sabrá que es mío. Me haría ilusión que no se lo dijeras.

—Y, ¿por qué no le esperas dentro? Va a venir dentro de poco, ha ido a hacer un recado.

Negué con la cabeza y di varios pasos atrás. Si César iba a volver pronto tendría que salir pronto de allí.

—Quiero que sea de esta manera —alzó las manos y sonrió asintiendo—. Muchas gracias.

Me di la vuelta y bajé a prisa las escaleras. Salí corriendo emocionada, sin percatarme de que había empezado a llover. Corrí con una sonrisa enorme porque todo por fin podría volver a la normalidad. César y yo podríamos volver a ser como antes, a estar abrazados en silencio, a compartir anécdotas y recuerdos, lugares favoritos y canciones que nos recordaban al otro. Todo eso que éramos cuando estábamos juntos y seríamos más, mucho más.

Cuando frené, mis ojos se toparon con la grandiosidad de la Catedral, el lugar donde comenzamos a ser nosotros. Recordé cómo había comenzado el año, lo vacía que había estado y cómo de un momento a otro, descubrí un mundo nuevo. Cómo me sentía ahora era cómo quería sentirme siempre, orgullosa y feliz y enamorada. Había logrado superarme y superar todos esos problemas que había tenido.

Me acerqué hasta las puertas esquivando los paraguas y a la gente corriendo para refugiarse y me quedé bajo ellas. Quité el pelo de la cara y me abracé a mí misma sintiendo el viento y el frío chocar contra mí. La plaza pronto se quedó vacía y me encontré siendo la única que se quedaba ahí esperando a que parara de llover. Oí el trueno y me encogí del susto. Mirando todo ese lugar vacío, sentí que aquel lugar era mío, que me pertenecía y que sería mi secreto. Mi cara estaba mojada y el pelo se pegaba a ella, no había manera de que no fuera así.

La lluvia tardó en parar media hora y el cansancio empezó a cubrirme. Estaba deseando

acostarme y poder descansar de una vez. No estaba triste, estaba tremendamente feliz. Así que, cuando llegué a casa, me puse un pijama y me derrumbé en la cama, esa misma que tenía unas vistas fantásticas del exterior. Un relámpago atravesó el cielo y me hizo cerrar los ojos para no volverlos a abrir hasta el día siguiente.

Dos días pasaron hasta que la lluvia dejó hacer vida de nuevo. El cielo continuaba amenazando con romperse, pero aun así me preparé para salir, no podía estar ni un segundo más allí encerrada. Necesitaba renovar ideas y pensar en otra cosa que no fuera que César no había aparecido por allí ni había mandado ningún mensaje. Me miré en el espejo y sonreí, tomando aire y animándome mentalmente.

Tomé la mochila dispuesta a aprovechar ese día al aire libre. Sin embargo, cuando salí supe que no iba a ir más allá de la puerta de mi casa. Estaba sentado en las escaleras y cuando me vio, se levantó de prisa. Sus ojos de cerca seguían siendo iguales, ese color que traía la tranquilidad con él. Se había afeitado y cortado el pelo. No esperaba que fuera a presentarse y sentarse allí sin más a esperar a que yo saliera o si tenía pensado tocar la puerta en algún momento. Él me miraba fijamente, analizando mis movimientos, y con lo que le había dado entre sus manos.

—Hola —me animé a decir. Mi voz pareció sorprenderle y tragó saliva.

—Hola.

Quería abrazarle. Era lo único que podía pensar, quería acercarme y tocarle, saber que era real. Sin embargo, parecía estar tan nervioso que no lo hice. Tal vez no le había gustado el regalo. Pensaba que cuando volviéramos a hablar sería algo más cálido que aquello.

—Creo que he venido en mal momento, ibas a salir.

Hizo un amago para bajar las escaleras y frunció el ceño hablando rápido.

—Espera —dije frenando sus pasos. Fue su turno de arrugar la frente y mirarme—. Podemos entrar dentro y hablar.

—Claro —asintió y volvió para ponerse a mi lado mientras metía la llave de nuevo en la cerradura. Su perfume llegó a mi nariz y el recuerdo de aquello y su cercanía hicieron que tuviera ganas de llorar. No había sido realmente consciente de cuánto le había extrañado.

Me aclaré la garganta cuando logré abrir la puerta y dejé la mochila sobre el sillón antes de ponerme a recoger el plato y el vaso que había dejado sobre la mesa. No pude evitar recordar la última vez que él había estado allí y todo lo que había provocado.

—No hace falta que recojas nada —avisó César a mis espaldas.

—Tengo esto hecho un desastre, antes de que llegue mi madre tengo que hacer una limpieza general —le miré y mi pecho se llenó de puro amor al ver su expresión lastimera—. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua estaría bien.

Todavía no se había separado de la puerta como si esperara a poder salir de mi casa en cualquier momento, casi me hizo gracia ese pensamiento. César podía quedarse callado durante largos minutos, pero él nunca huía.

Volví con el vaso de agua y le encontré sentado en el sofá jugueteando con mi regalo entre sus manos. Lo dejé sobre la mesa y me senté a su lado mirándole. No podía dejar de hacerlo. Quería que hablara, que dijera cualquier cosa, pero necesitaba escucharle hablar y que me dijera qué pensaba de todo.

—¿Cómo estás? —inquirí, esperando provocarle para que se expresara.

—Le diste esto a mi padre —habló enseñándome lo que llevaba en las manos. Afirmé con un gesto firme y le miré directamente a los ojos—. ¿Por qué a él y no a mí directamente?

—No estabas.

—Pero sabías que había momentos adecuados para hacerlo.

Me encogí de hombros y me moví incómoda quitando la mirada de él. Esta cayó sobre su muñeca y descubrí que todavía llevaba la pulsera que compartíamos. Supe que no debería haber sonreído, pero no pude evitarlo.

—¿Por qué has hecho esto?

—Pensé que de esta forma sería una buena idea, algo romántico —dije—. Siento si te molestó que no te lo diera a ti.

—No hablo de eso, hablo de que me has escrito un maldito libro.

Mordí mi labio inferior con nerviosismo.

—En teoría, nos he escrito un libro —arrugué la nariz. Me observó por unos eternos segundos y después, dejó el libro a un lado y bebió del vaso de agua terminándolo en un trago. Lo cogí entre mis manos y pasé las hojas de ese cuaderno en el que había escrito cada evento importante en el que nos habíamos visto envueltos en esos meses, los buenos y los malos. Me percaté de las frases subrayadas y los apuntes a los lados. Sonreí sintiendo que podría ponerme a llorar en cualquier momento.

—No supe explicarle a mi padre que me habías escrito un libro —me miró y alcé una ceja—. Nos. Luego, él me contó que ya lo sabía, descubrí que fue ese día en el que fuisteis a tomar helado —se giró en el sillón para ponerse de frente y decir en un tono incrédulo—. Fuiste a comer helado con mi padre.

—Me invitó —sacudí la cabeza—. Respecto al libro, me ayudó y escribiéndolo me di cuenta de que tú solo trataste de ayudarme todo el tiempo y que perdí la cabeza por completo.... Me di cuenta de que... a veces estoy aquí y quiero que estés aquí y que me abracés y me cantes. Echo de menos escuchar tu risa en mi oído y lo feliz que me hace oírte susurrar mientras me cuentas cosas de ti, mientras descubro cosas de ti.

César me miró contenido hasta que se levantó y pasó las manos por su pelo y caminó hasta la cristalera que nos separaba de la azotea. Le seguí y pasé mis brazos por su cintura para abrazarle por detrás y apoyar mi frente en su espalda. Sentí sus manos unirse con las mías y apretarlas.

—Cuando mi padre me dio el libro no tienes ni idea del orgullo que sentí al ver que habías conseguido superar ese deseo que se había convertido en un problema. Más que cualquier otra cosa, eso me hizo feliz. Cuando vi que además el libro era nuestro... lloré. Lloré como un crío de mierda —susurró y después se giró sin que dejara de abrazarle—. Lo he pasado mal. Saber que no podía venir y ver esa cara que pones cuando colocas el sushi en los platos o la cara que pones cuando te canto. Creo que nunca he querido a nadie como a ti y no sé si alguna vez lo haré. Pero... tampoco quiero descubrirlo.

Acarició mi cara con el dorso de su mano y cerré los ojos ante la sensación que me provocaba ese tacto que me daba. Sentí entonces sus labios en los míos, como la primera vez que me besó, suaves y llenos de amor. Sonreí con nuestros labios aun unidos y llevé mi mano a su cara, pellizcando su mejilla y ganándome una risa corta por su parte.

—¿Vas a volver a desesperar si no llega la inspiración? —preguntó cerca de mi cara. Rocé mi nariz con la suya.

—He encontrado a mi musa, creo no volverá a pasarme.

—Creo que vas a tener que escribir una segunda parte.

—¿Por qué? —questioné.

—Porque estoy dispuesto a no separarme de ti más. Sé que la próxima vez, sabremos

gestionarlos mejor que esta vez, encontraremos la forma, porque no pienso volver a alejarme.

—No te dejaría.

Tomó mi cara entre sus manos y nuevamente me besó. Me sentí más cerca del cielo con aquel. Sentí la necesidad, la nostalgia y sobre todas las cosas, el amor. Sentí la suavidad de un trato sin palabras, la comodidad de sus brazos y la ilusión en las yemas de sus dedos. Era justo donde debíamos estar, era el lugar del que no teníamos que movernos.

Nuestro lugar.

Juntos.

Agradecimientos

A mis padres, por siempre apoyarme y sentirse orgullosos de mí y haberme enseñado este mundo de las letras.

A mi hermana por estar ahí mientras yo le contaba mis ideas más locas y siempre escucharme.

A mis abuelos, porque no sé qué haría sin ellos y sin su cariño eterno y porque le prometí a mi abuela que le metería de alguna forma en mi libro.

A mi tía Raquel y mi prima Valentina, porque las quiero con locura.

A Miguel, por cada libro que no he completado y a los que ha tenido que sobrevivir hasta llegar a este.

A Martín, por leerlo y tener la paciencia para esperar a que estuviera completo.

A Cádiz, por ser mi completa inspiración y el anhelo de mi vida. Por ser tan bonita y tan llena de libertad.

Al Carnaval de Cádiz. Sobran las palabras cuando cada pasodoble, presentación y popurrí se las llevan todas. Simplemente gracias.

Os adoro,

Mónica.